

**BRU
GUE
RA**

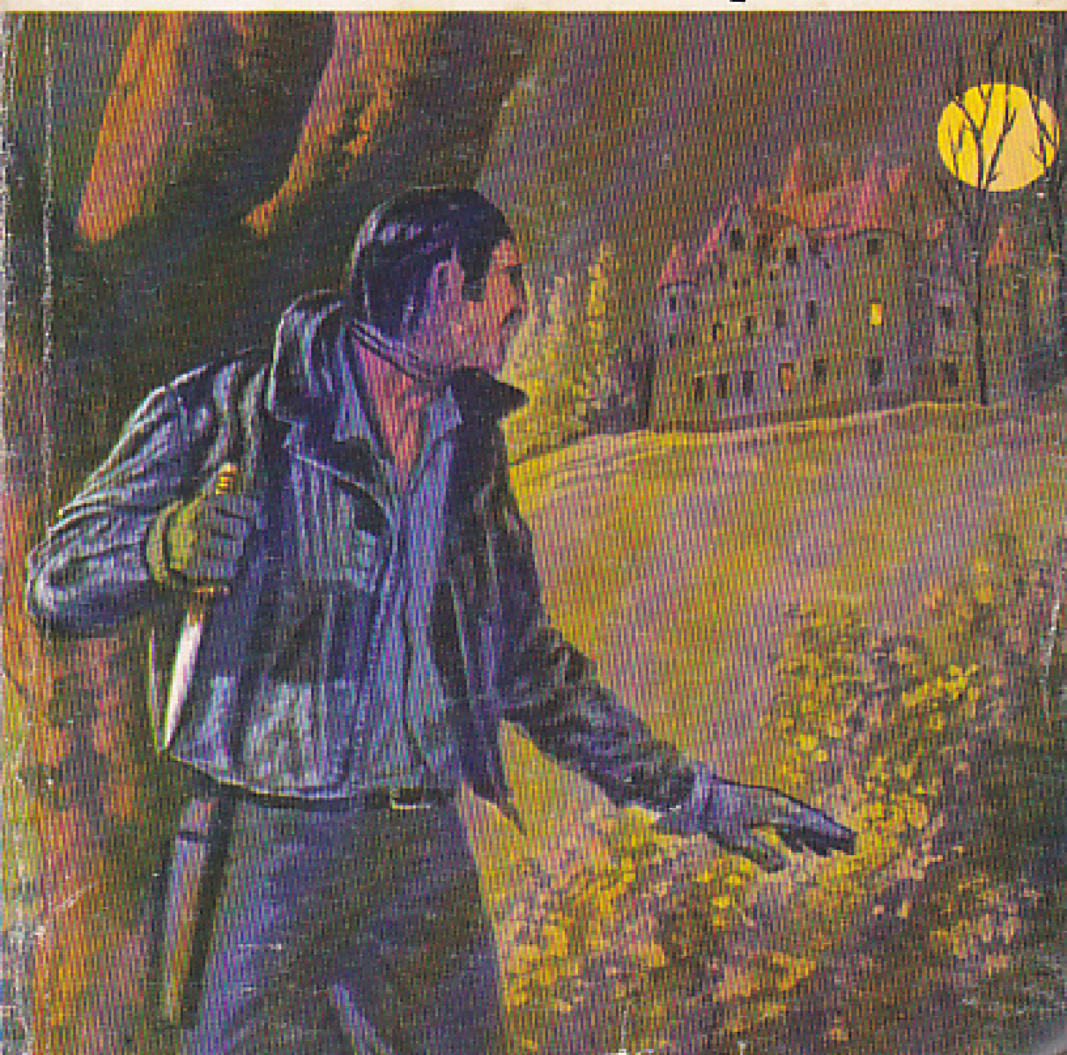
BOLSILIBROS

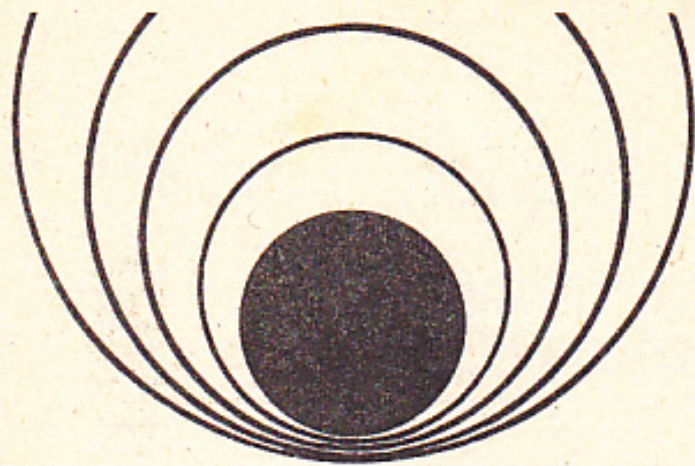


POLICIACO

LA COLINA DE LA MUERTE

Joseph Berna





PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA
LA COLINA DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º
1.096 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.670 — Espía por afición.

En Colección KANSAS:

843 — La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

639 — Un revólver para un gallina.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 — A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.084 — El regreso de Antoine.

En Colección CALIFORNIA:

1.385 — Una pareja de serpientes.

ISBN 84 02-02520-X Depósito legal: B. 9.366 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: mayo. 1983

2.a edición en América: noviembre. 1983

© Joseph Berna 1983
texto

© S. Fabá - 1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Peter Matthews detuvo su coche, un «Chrysler» azul, en la cima de la colina. Paró el motor, apagó las luces, y miró a la chica que tenía a su lado.

—Ya hemos llegado. Susan.

Susan Eshley, una atractiva joven de veintipocos años, morena, ojos castaños, labios carnosos, rojos y brillantes, que estaba estupenda de formas, le miró a su vez.

—¿Por qué me has traído a este lugar, Peter?

—¿No te gusta?

—Sinceramente, no.

—¿Por qué?

—Es demasiado solitario.

—Precisamente por eso me gusta a mí —sonrió Peter, al tiempo que abarcaba la delgada cintura de Susan.

Peter Matthews contaba veintiocho años de edad, rondaba el metro ochenta de estatura, y poseía un cuerpo musculoso y atlético. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y atrevidos, y vestía un impecable traje de verano.

Era un tipo apuesto.

Elegante.

Atractivo...

Besó a Susan Eshley en los labios.

Largamente.

Poniendo en juego toda su experiencia en aquellas lides, que no era poca, porque Peter Matthews había besado a cientos de mujeres, jóvenes y maduras, solteras y casadas, viudas, divorciadas, o simplemente separadas de sus maridos.

Algunas de ellas eran muy difíciles de seducir, pero todas, absolutamente todas, habían caído finalmente en sus brazos, rendidas ante su indudable habilidad para besarlas y acariciarlas.

Susan Eshley era una de esas mujeres difíciles de seducir, y por eso Peter Matthews se empleaba a fondo con ella.

La atractiva morena no podía ser una excepción.

Tenía que caer.

Y caería.

El lugar era de lo más apropiado para ello.

La cima de una colina alejada del bullicioso Londres, solitaria, tranquila...

Nadie les molestaría.

Peter podía llegar hasta el final con Susan sin que nadie les interrumpiese.

Ella se dejaba besar, aunque ponía muy poco de su parte.

No se entregaba.

No quería bajar la guardia.

Peter, sin despegar su boca de la de ella, deslizó su mano hacia las piernas femeninas, que la brevedad de la falda obligaba a Susan a exhibir casi totalmente.

La experta mano de Peter acarició suave y hábilmente los esbeltos muslos femeninos, que Susan apretó inmediatamente, cerrando el camino que conducía a su intimidad.

Seguía en guardia, no cabía duda.

Peter se picó.

Quería anular la resistencia de la chica con sus besos y sus caricias, pero ella no le dejaba, y eso le contrarió. No obstante, siguió intentándolo.

Peter se decía que, más pronto o más tarde, Susana cedería y él ya no tendría dificultades para lograr su objetivo, que no era otro que poseer a la muchacha, hacerla suya, gozar plenamente de su joven y maravilloso cuerpo.

Su mano recorría los torneados muslos femeninos, desde las rodillas hasta casi las caderas, sin que Susan protestara. Peter notó que la muchacha se estremecía de placer y ahogaba un gemido, lo cual le dio a entender que su resistencia empezaba a flaquear.

Era el momento de intentar separarle las apretadas piernas, para poder profundizar entre ellas y aumentar su excitación.

Y Peter lo intentó.

En seguida comprobó que se había equivocado.

Sí, porque con su acción enfureció a Susan, quien lo apartó de un empujón.

—¡Basta, Peter!

El apuesto rubio rezongó una maldición.

—¿Qué diablos te ocurre, Susan?

—¡No me gustan tus intenciones, eso es lo que me pasa!

—¿De qué intenciones hablas?

—¡Pretendes abusar de mí!

—¿Qué...?

—¡Por eso me trajiste a este lugar tan apartado y tan solitario, confíesalo!

—¡No es cierto!

—¡Quiero volver a Londres, Peter!

—¿Volver...?

—¡Inmediatamente!

Peter Matthews resopló, furioso.

—Está bien, Susan. Regresaremos a Londres ahora mismo. Pero

conste que estás completamente equivocada con respecto a mis intenciones. Te traje a esta tranquila colina porque pensé que te gustaría estar a solas conmigo, sin mirones cerca. Te he besado y te he acariciado las piernas porque me gustas.

—Vámonos, Peter —pidió la joven, más calmada.

El rubio sonrió con suavidad.

—Eres preciosa, Susan.

—Vámonos, te digo.

—¿Te disgusta mi compañía, acaso?

—Si fuera así, no hubiera salido contigo.

—¿Te molestó que te besara?

—No.

—¿Y que te acariciara...?

—Al principio, no, porque te limitaste a tocarme las piernas. Pero cuando vi que intentabas separármelas...

Peter Matthews carraspeó.

—Lo hice para poder acariciarte mejor, Susan.

—Buscabas mi intimidad, confíésalo.

—Me gustaría hacer el amor contigo, no lo niego. Y creo que a ti también te agradaría.

—Es posible. Pero no vamos a hacer el amor, Peter.

—¿Por qué no, si los dos lo deseamos?

—No quiero que me tomes por una chica fácil.

Peter le acarició el negro cabello.

—Sé que no lo eres, Susan.

—Hace muy poco que nos conocemos, Peter.

—No importa, sé que eres una buena chica, Susan. Y me duele que me creas un mal tipo, porque no lo soy. Susan Eshley se mordió los labios.

—Yo no he dicho que seas un mal tipo, Peter. —Pero no te fías de mí.

—Bueno, yo...

—Pensaste que te había traído a este lugar para violarte. Y no es cierto, Susan. Yo no soy un violador, jamás he forzado a una mujer. No he tenido necesidad, ¿sabes? Suelo gustar a las mujeres, y cuando hago el amor con alguna, es porque también ella lo desea. —A mí también me gustas, Peter.

—¿Qué es lo que temes, entonces...?

—Que te olvides de mí, dentro de unos días.

—¿Olvidarme de ti...?

—Sí, que te largues con otra.

Peter Matthews le acarició dulcemente el rostro. —Eso no sucederá, Susan.

—¿Cómo puedo estar segura?

—No tienes más que mirarme a los ojos.

Susan Eshley lo hizo.

—¿Qué ves en ellos? —preguntó el apuesto rubio.

—No sé.

—Sinceridad, Susan. Ves sinceridad.

—Tal vez —sonrió ligeramente la muchacha.

El zorro de Peter le cogió el rostro con ternura y dijo:

—Me he enamorado de ti, Susan.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy.

—Creo que yo siento lo mismo por ti, Peter.

—Susan, cariño... —susurró el astuto rubio, acercando su rostro al de ella.

La besó suavemente en los labios, rozándolos apenas.

Susan no rechazó la delicada caricia.

Peter vio que la joven cerraba los ojos y sonrió interiormente, pensando que ya la tenía en el bote. La rodeó con sus brazos, la estrechó contra sí, y la besó con más fuerza, con más pasión, con más intensidad.

Susan no sólo no puso objeciones, sino que se devolvió el beso con ardor, lo cual parecía indicar que había bajado totalmente la guardia.

Ya no desconfiaba de él.

Estaba dispuesta a complacerle.

Peter decidió comprobarlo, acariciándole de nuevo las piernas.

Esta vez, Susan no las apretó.

El camino hacia su intimidad estaba libre.

Peter, sin embargo, se limitó a acariciarle los muslos.

No quería precipitarse, no fuera a estropearlo todo otra vez por ser demasiado directo. Lo que sí hizo, fue oprimir los túrgidos pechos de Susan por encima de la delgada blusa.

Ella no protestó, Peter soltó los botones y le abrió la blusa de par en par, para, seguidamente, desabrocharle el breve sujetador y dejarla con los pechos al aire.

Susan no hizo nada por impedirlo.

Parecía decidida a recibir todo tipo de caricias.

Peter, absolutamente convencido ya de que iba a poseer a la hermosa muchacha, le acarició los senos y luego se los besó, jugueteando con los tensos pezones.

De pronto, Susan dio un grito y lo empujó con violencia.

—¡No...! —chilló, abriendo la portezuela y saliendo precipitadamente del coche.

—¡Susan! —rugió Peter.

La muchacha echó a correr por entre los árboles, con la blusa abierta y el sujetador desabrochado.

—¡Maldita sea! —barbotó Peter, y salió también del «Chrysler», lanzándose en persecución de la aterrorizada Susan.

CAPITULO II

Alan Rexton estacionó su coche, un «Ford» oscuro, no demasiado nuevo, y descendió de él, con un periódico doblado debajo del brazo, el cual tendría tiempo de leerse de cabo a rabo en su oficina, porque no tenía otra cosa que hacer.

A menos, claro, que tuviese algún cliente esperándole para encargarle un caso. Pero esto era poco probable, porque Alan Rexton hacía sólo unos meses que se dedicaba a la investigación privada, y todavía no era un detective conocido.

Había resuelto algunos casos, desde luego, pero ninguno de ellos fue lo suficientemente importante como para proporcionarle fama y prestigio.

Y era lógico, porque los casos importantes solían confiarse a los mejores detectives privados de Londres, y eran éstos quienes los resolvían, aumentando su fama y prestigio.

Alan Rexton soñaba con resolver uno de esos casos difíciles.

¿Se lo confiarían algún día...?

Bueno, era cuestión de esperar pacientemente que llegara su oportunidad de demostrar que era un buen investigador. Y si llegaba, no la desaprovecharía, de eso estaba seguro.

Alan Rexton había cumplido recientemente los treinta años de edad, poseía una estatura superior a la media, y era de complexión fuerte, aunque tiraba más a delgado que a lo otro. Tenía el pelo oscuro, un tanto rebelde, los ojos marrones, la nariz recta y el mentón firme.

Vestía un traje claro, muy ligero, y una moderna camisa de cuello abierto, porque Alan aborrecía las corbatas. No se las ponía si no era absolutamente necesario.

Y menos aún en verano.

Con paso tranquilo y gesto aburrido. Alan Rexton penetró en el edificio donde tenía montada su oficina.

La tenía en el segundo piso, concretamente.

Había ascensor, pero Alan no lo tomaba nunca, pues prefería ¡as escaleras. Empezó a subir por ellas.

Lo del gesto aburrido estaba justificado, ya que Alan Rexton era un hombre de acción, y lo de pasarse la mañana y la tarde leyendo el periódico, sentado en el sillón de su despacho, le quitaba la alegría sólo de pensarlo.

Y es que llevaba así casi dos semanas.

En todo ese tiempo, nadie había solicitado sus servicios.

Alan estaba ya en el rellano del primer piso.

Empezó a subir los peldaños que conducían al segundo piso.

Cuando alcanzó el rellano, se quedó clavado en él, sin poder

creer lo que sus ojos estaban viendo.

¡Había alguien esperándole en la puerta de su oficina!

Era una mujer.

¡Y qué mujer!

Tenía el cabello rubio, los ojos azules, y una boca preciosa.

¡Y poseía un cuerpo sensacional!

La chica, pues no aparentaba más de veintitrés o veinticuatro años, vestía un pantalón blanco, muy ceñido, y una blusa malva, tan liviana, que permitía vislumbrar sus agresivos pechos, escasamente cubiertos por el pequeño sujetador blanco.

La reducida prenda íntima se las veía y se las deseaba para frenar el ímpetu natural de aquel par de hermosos senos, tan llenos de vida y de ganas de sentirse totalmente libres.

Alan se dio cuenta de ello, y con mucho gusto se hubiera ofrecido para ayudarles a escapar de su encierro. Pero no lo hizo, claro, porque la dueña de aquel busto tan formidable le hubiese dado un par de sopapos no menos formidables, por descarado.

Además, la chica podía ser una cliente.

¿Le estaría esperando para encargarle un caso...?

¡Sería maravilloso trabajar para una rubia tan sensacional!

Procurando disimular su nerviosismo, el detective desclavó sus pies del suelo y caminó resueltamente hacia la belleza de cabellos dorados como el oro.

—Buenos días —saludó, con su mejor sonrisa.

—¿Alan Rexton...? —preguntó la chica.

—Sí, yo soy.

—Le estaba esperando, señor Rexton.

—De haberlo sabido, hubiera venido antes.

—No se preocupe, hace sólo unos minutos que llegué —sonrió suavemente la joven.

—¿Cómo se llama?

—Paula Grayson.

Alan le tendió la diestra.

—Es un placer, Paula.

—Lo mismo digo, señor Rexton —respondió ella, estrechándole la mano.

—¿Tiene algún problema, Paula?

—Así es.

—Entonces, ha hecho bien acudiendo a mí.

—Eso espero.

—No soy un detective famoso, pero soy tremendamente eficaz.

—Así me lo han asegurado.

—Pues no la han engañado.

—También me han dicho que no es usted caro.

—Otra verdad. Sólo los detectives famosos pueden aplicar tarifas elevadas. Los que aún estamos luchando por adquirir fama, nos vemos obligados a cobrar menos, porque es la única manera de que nos confíen algún caso de cuando en cuando.

—Si he tocado la cuestión económica, es porque no ando muy sobrada de fondos, señor Rexton —confesó la muchacha—. Soy una simple trabajadora, y gano lo justo para vivir.

—Lo mismo que yo —sonrió Alan—. Por eso le digo que no se preocupe en absoluto por la cuestión económica. No será ningún problema, se lo garantizo.

Paula Grayson exhibió una sonrisa llena de encanto.

—Es usted muy amable, señor Rexton.

—Bien, será mejor que entremos en mi oficina. En mi despacho podremos hablar tranquilamente —dijo

Alan, sacando una llave del bolsillo derecho de su chaqueta.

La introdujo en la cerradura y la hizo girar, abriendo la puerta de su oficina.

—Pase usted, Paula.

—Gracias.

La muchacha penetró en la oficina, seguida de Alan Rexton, quien cerró la puerta de nuevo, explicando:

—Esta es la sala de espera, pero como no tengo secretaria. los clientes tienen que esperar fuera si yo no me encuentro en mi oficina. Una pena.

—¿Cómo es que no tiene secretaria, señor Rexton?

—Cuando abrí mi oficina, tomé una, pero como me encargaban muy pocos casos, tuve que prescindir de ella. Una lástima, porque se trataba de una chica muy eficiente, pero yo no ganaba lo suficiente para pagarle. Ella lo comprendió, y no esperó a que yo la despidiera. Renunció voluntariamente a su empleo.

—Una chica muy comprensiva.

—Cuando me haga famoso, volveré a tener secretaria.

—Seguro que no tarda en conseguirlo.

—Gracias, Paula. Pasemos a mi despacho —indicó Alan, abriendo la puerta del mismo.

Entraron en él. Alan indicó a Paula que se sentara en el sillón que tenía frente a su mesa, y él ocupó el suyo, dejando el periódico sobre la mesa, en una esquina.

—Bien, ya puede hablarme de su problema, Paula.

—Se trata de una amiga mía, señor Rexton.

—¿Qué le ocurre a su amiga?

—Ha desaparecido.

—¿Cómo se llama?

—Susan Ashley.

CAPITULO III

Paula Grayson abrió su bolso, extrajo una fotografía, y se la entregó al investigador privado, diciendo:

—Esta es Susan Eshley, señor Rexton.

Alan contempló la fotografía.

En ella, Susan Eshley aparecía en bikini.

Y qué bikini...

Cubría sólo lo imprescindible.

Alan emitió un ligero carraspeo.

—Es una chica muy atractiva.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés. Los mismos que yo.

—¿Y dónde vive?

—Conmigo.

—¿Con usted...?

—Sí, compartimos un apartamento en el 758 de Carson Street. El 14-C, concretamente.

Alan observó de nuevo la fotografía de Susan Eshley.

—¿Cuándo desapareció su amiga, Paula?

—Hace dos noches.

—¿Tiene alguna idea de lo que pudo haberle ocurrido?

—Bueno, esa tarde me dijo que iba a salir a cenar con un tipo. Y ya no volvió.

—¿Conoce usted al tipo, Paula?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Se llama Peter. Le vi hablar con Susan la noche anterior a su desaparición. No conozco su apellido. Yo no hablé con él. Sé que se llama Peter porque Susan me lo dijo.

—Describame al tal Peter —rogó Alan.

—Es alto, fuerte, atlético, tiene el pelo rubio, los ojos azules, la mirada atrevida... Y las manos también, estoy segura. Es un tipo muy apuesto, viste con elegancia, y... Bueno, la clase de hombre que gusta a las mujeres, porque lo tiene todo. Incluido un magnífico «Chrysler» azul. Susan me lo dijo.

—¿Dónde conoció Susan a ese sujeto tan interesante?

—En el club.

—¿A qué club se refiere, Paula?

—El Minerva Club. ¿Lo conoce usted, señor Rexton?

Alan carraspeó.

—He oído hablar de él, pero nunca he estado allí.

—Susan trabajaba en el Minerva Club. Y yo también trabajo allí

—informó Paula Grayson.

Alan Rexton no pudo reprimir un respingo de sorpresa.

—¿Que Susan y usted...? —murmuró.

—¿Por qué pone esa cara?

Alan tosió.

—Bueno, si no estoy mal informado, el Minerva es un club de *strip-tease*...

—Efectivamente —asintió Paula, con una sonrisa.

—¿Quiere decir que Susan y usted...?

La joven movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Susan y yo no somos artistas de *strip-tease*. Somos camareras.

—Oh, camareras...

—Podríamos actuar en la pista de atracciones, si quisiéramos, porque el dueño del club nos lo propuso. Nos hizo una oferta sumamente tentadora, pero la rechazamos, porque Susan y yo sólo nos quedamos sin ninguna ropa bajo la ducha.

Alan sonrió.

—No quieren desnudarse en público, ¿eh?

—Desde luego que no. Preferimos trabajar como camareras, aunque nos paguen mucho menos. Siendo camareras, sólo estamos obligadas a enseñar las piernas y parte del busto. En la pista, tendríamos que enseñarlo todo.

—Seguro que sí.

—No es que nos guste movernos por entre las mesas ligeras de ropa, recibiendo piropos, palmadas en el trasero, y hasta algún que otro pellizco, pero no encontramos otro trabajo mejor. Por eso seguimos como camareras en el Minerva Club.

—Entiendo.

—Le cuento todo esto para que no forme un concepto equivocado de Susan Eshley, por el hecho de trabajar como camarera en un club de *strip-tease*. Conoció a Peter, él la invitó a cenar, y como ella tenía libre la noche siguiente, aceptó. Pero eso no quiere decir que Susan acepte todas las invitaciones. Aceptó la de Peter porque él le agradó desde el primer momento. Y nada de particular tiene que un hombre y una mujer salgan juntos a cenar. ¿O sí...?

—Por supuesto que no —sonrió Alan.

—De todos modos, Susan no debió aceptar la invitación de ese individuo, porque estoy segura de que no llevaba buenas intenciones. La invitó porque le gustó y deseaba pasarlo bien con ella. Ya sabe a lo que me refiero. El tipo debió pensar que Susan se lo permitiría todo, por tratarse de una camarera de un club de *strip-tease*, pero se equivocó. Me consta que Susan le frenó cuando él intentó aprovecharse de ella. Y eso, claro, no debió de gustarle al tal Peter, quien seguramente trató de poseer a Susan por la fuerza, ella se

defendió, y... Bueno, no sé lo que pasó, pero el hecho de que Susan no volviera esa noche a casa, ni tampoco ayer, y no se presentara anoche en el Minerva Club, me hace temer lo peor.

Alan Rexton vio que los preciosos ojos azules de Paula Grayson se humedecían.

—¿Cree usted que Peter mató a Susan, Paula?

—Es posible, señor Rexton. Si la golpeó, para poder abusar de ella, no creo que luego la dejara con vida. Susan le denunciaría a la policía, y ése es un riesgo que casi ningún violador quiere correr. A menos que actúe con el rostro cubierto, claro. Pero no en el caso del tipo que invitó a Susan. Por eso temo que la asesinara, después de...

Paula Grayson no pudo continuar.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas, por lo que se vio obligada a sacar el pañuelo del bolso.

Alan respetó el dolor y la pena de su cliente, guardando silencio.

Paula se secó las lágrimas y dijo:

—Discúlpeme, señor Rexton. No suelo llorar con facilidad, pero quería mucho a Susan Eshley, y su desaparición...

—Lo comprendo perfectamente, Paula.

—Se preguntará por qué no he acudido a la policía, ¿verdad?

—Sí, me lo he preguntado.

—Se lo diré, señor Rexton. Porque la policía no me hubiera hecho apenas caso.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La profesión de Susan. Era camarera de un club de *strip-tease*, y eso es motivo suficiente para que la policía la considerase una chica de moral más que dudosa, porque la mayoría son unas frescas. Y si además les digo que un tipo atractivo, joven y elegante, al que ella acababa de conocer en el propio club, la invitó a cenar, y que ella aceptó encantada, pues... La policía no pensaría que Susan ha desaparecido, sino que se ha liado con el tipo apuesto y bien vestido, que está viviendo una apasionada aventura amorosa con él, en el propio Londres o en cualquier otro lugar.

—¿Y está usted segura de que no es eso lo que realmente está sucediendo, Paula...? —preguntó Alan.

Paula Grayson se puso bruscamente en pie.

—Si también usted piensa que Susan Eshley era una cualquiera, será mejor que me vaya, señor Rexton —dijo, visiblemente enfadada.

El detective no tuvo más remedio que erguirse también.

—Por favor, Paula... Yo no he dicho que Susan Eshley era una cualquiera.

—Pero sí piensa que Susan puede estar viviendo una aventura

amorosa con el tal Peter.

—Es una posibilidad, sólo eso.

—Descártela, señor Rexton. Si Susan hubiera decidido vivir una aventura con ese tipo, habría vuelto al apartamento en busca de sus cosas. Y me hubiera puesto al corriente de todo. Sin embargo, no ha sido así. Ni ha vuelto por el apartamento, ni me ha telefoneado, ni ha dado la menor señal de vida. ¿Le parece a usted normal...?

—No, desde luego que no —confesó Alan.

—Menos mal que me da la razón.

—Síntese de nuevo, se lo ruego.

Paula obedeció.

Alan se sentó también y extrajo sus cigarrillos.

—¿Le apetece fumar. Paula?

—Gracias —respondió la joven, cogiendo un cigarrillo y llevándoselo a sus preciosos labios.

Alan le ofreció fuego y luego encendió un cigarrillo también.

Soltaron los dos un par de bocanadas de humo.

Después, el investigador preguntó:

—¿Sigue enfadada. Paula?

—No estoy enfadada.

—Le molestaron mis palabras, confíeselo.

—Es verdad. Yo sé que Susan era una buena chica, y no consiento que nadie lo ponga en duda.

—Usted misma dijo que a Susan le gustó el tipo rubio desde el primer momento, y que por eso aceptó su invitación.

—Es cierto. Y por eso, porque el tipo le gustaba, debió permitir que la besara y hasta que la acariciara un poco. Pero cuando adivinó sus intenciones, estoy segura que lo detuvo. Susan era de las que sólo se entregan a un hombre por amor. Y no podía sentir amor por un tipo al que había conocido la noche anterior.

Además, si se hubiera entregado voluntariamente a él, habría vuelto a casa esa misma noche. O a la mañana siguiente, caso de que hubiera pasado toda la noche con el tipo rubio. Y todavía no ha vuelto, señor Rexton.

El detective sonrió levemente.

—Daré con el apuesto Peter, y sabremos lo que hizo con Susan.

—¿De veras cree que podrá encontrarlo, aun desconociendo su apellido y su dirección?

—No será fácil, pero lo conseguiré —aseguró Alan.

CAPITULO IV

Alan Rexton y Paula Grayson conversaron algunos minutos más, mientras acababan de consumir sus respectivos cigarrillos. Después, se pusieron en pie y salieron del despacho.

El detective privado se había guardado la fotografía de Susan Eshley en el bolsillo interior de su chaqueta. Al hacerlo, había preguntado:

—¿Por qué me ha traído a Susan en bikini, Paula? —Es la única foto que encontré.

—Se podría pagar por tener una foto como ésta, ¿no lo sabía?

—¿Por qué?

—Una chica tan guapa y tan bien formada como Susan, y con un bikini tan pequeño...

Paula Grayson sonrió.

—Yo los uso igual de pequeños.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Tiene usted alguna foto suya en bikini, Paula? —Desde luego.

—¿Por cuánto me la vende?

Paula Grayson se echó a reír.

—Déjese de bromas, señor Rexton.

—Hablo en serio, se lo aseguro.

—¿De verdad le gustaría tener una foto mía en bikini?

—Me encantaría.

—Entonces, se la daré. Pero antes tiene que encontrar al apuesto Peter, ¿de acuerdo?

—La foto es una especie de premio, ¿no?

—Eso es.

—Me esforzaré por conseguirlo lo antes posible, se lo prometo.

Paula Grayson volvió a reír.

—Es usted un tipo simpático, señor Rexton.

—Celebro que piense así.

Ya estaban en la antesala del despacho del detective.

Paula Grayson miró la mesa que tiempo atrás ocupara la secretaria que tomó Alan Rexton, y de la cual éste tuvo que prescindir, por no poder pagarle.

—Tengo una idea, señor Rexton.

—¿Qué idea?

—Yo entro a trabajar en el Minerva Club a las ocho de la tarde. Es decir, tengo todo el día libre.

—¿Y...?

—Puedo ser su secretaria.

Alan respingó.

—¿Mi secretaria...?

—Sí.

—Pero...

—No tiene que preocuparse por el sueldo, puesto que ya percibo uno en el Minerva Club. Ya me pagará más adelante, cuando sea usted un detective famoso y le lluevan casos que resolver. ¿Qué me responde, señor Rexton?

—Bueno, yo...

—No soy una chica torpe, se lo aseguro. Lo que no sepa, lo aprenderé pronto. De momento, puedo atender el teléfono y recibir a los clientes. Ya no tendrán que esperar fuera, cuando usted no esté. Eso le beneficiará, señor Rexton.

—Sin lugar a dudas.

—¿Me acepta, entonces...?

—El puesto es suyo, Paula.

—¡Oh, gracias, señor Rexton! —exclamó la joven, y corrió a sentarse tras la que iba a ser su mesa de trabajo.

Alan rió.

—Las gracias debo dárselas yo a usted, Paula, porque ofrecerse como secretaria, sabiendo que a lo mejor no puedo pagarle...

—Ya le he dicho que el sueldo no me preocupa. No me gusta trabajar de camarera, y menos en un club de *strip-tease*, pero me encantará trabajar como secretaria, estoy segura. Por de pronto, aquí no recibiré piropos, palmadas en el trasero, ni pellizcos. Y tampoco tendré que enseñar las piernas y parte del busto. Sólo por eso, ya me sentiré enormemente feliz.

—Es usted una chica estupenda, Paula.

—Puede irse cuando quiera, señor Rexton. La oficina queda a mi cargo.

—La otra secretaria me llamaba Alan.

—¿De veras?

—Sí.

—Me parece una falta de respeto, así que yo le seguiré llama llamando señor Rexton. O jefe, si lo prefiere.

—Me quedo con lo segundo.

—Entendido, jefe.

Alan Rexton volvió a reír.

—La dejo, Paula.

La muchacha se puso seria.

—Suerte, señor Rexton.

—Encontraré al rubio Peter, no tema. El premio es muy importante.

—¿Premio...?

—Una foto suya en bikini, ¿recuerda?

Paula Grayson, que se había olvidado de lo de la foto, rió de nuevo.

—La tendrá, no se preocupe.

El detective rió también y abandonó su oficina.

* * *

Antes de poner en marcha su «Ford», Alan Rexton permaneció unos minutos sentado al volante, quieto, pensativo, estudiando la manera de dar cuanto antes con el responsable de la desaparición de Susan Eshley, la amiga y compañera de trabajo de Paula Grayson.

No iba a ser fácil, no.

Londres no era ningún pueblucho.

Había en ella cientos de tipos altos, fuertes, atléticos, con el pelo rubio y los ojos azules, apuestos, bien vestidos...

Y muchos de ellos se llamarían Peter, porque era un nombre muy corriente en el Reino Unido.

Además, Alan no estaba muy seguro de si el tipo que invitó a Susan se llamaría realmente Peter, o éste sería un nombre falso. En cualquier caso, sería como buscar una aguja en un pajar.

Lo que sí podía servir de pista, era el coche del tipo.

Un «Chrysler» azul.

Magnífico, según Paula, porque así se lo había asegurado Susan.

Sin duda, se trataba de un coche nuevo, recientemente adquirido.

Pero tampoco era cuestión de ponerse a recorrer las calles de Londres, confiando en encontrar el «Chrysler» azul del apuesto Peter. Ni de visitar los garajes uno por uno, por si el tipo solía guardarlo en alguno de ellos.

Podían pasar días y días, antes de localizar el coche del rubio.

Incluso semanas.

Por ello, Alan Rexton decidió visitar a los concesionarios de la Chrysler en Londres. Tal vez allí pudieran ayudarle a encontrar al elegante Peter, si como parecía éste había comprado recientemente un coche de esa marca.

Si era así, en la casa Chrysler tendrían todos los datos del tipo rubio. Su nombre completo, su dirección, el número de su carnet de identidad...

Con esta esperanza, el detective privado puso en marcha su

«Ford» y se dirigió a los concesionarios de la Chrysler en la ciudad londinense.

* * *

Alan Rexton tuvo suerte.

Mucha suerte.

Sí, porque en la Chrysler recordaban perfectamente haber vendido uno de sus modelos a un tipo alto, musculoso, bien parecido, con el pelo rubio y los ojos azules, que vestía con elegancia y frisaba los veintiocho años de edad.

Y lo recordaban porque hacía apenas un par de semanas que el tipo rubio había comprado el flamante modelo. No tuvieron inconveniente en buscar la ficha del cliente y darle al investigador privado los datos que precisaba.

Alan les dio las gracias y abandonó la Chrysler, más contento que unas castañuelas, porque ahora ya sabía que el responsable de la desaparición de Susan Eshley se llamaba Peter Matthews y vivía en el 260 de Brighton Street, ansioso por verse las caras con el apuesto Peter.

El le diría lo que había hecho con la hermosa Susan.

¿Tendría razón Paula Grayson?

¿La habría asesinado, después de forzarla salvajemente...?

¿La tendría encerrada en algún sitio...?

Alan le arrancaría la verdad, por las buenas o a castañazos.

Y ojalá Susan continuara con vida.

Se alegraría por ella y por Paula.

Paula...

Qué chica tan extraordinaria.

En todos los sentidos, porque además de bella y de estar espléndidamente formada, era simpática y tenía un gran corazón.

Alan se decía que había tenido una gran suerte de que Paula Grayson le hubiera elegido a él para encargarle el caso de la desaparición de Susan Eshley.

Sí, porque Paula, además de su cliente, era ahora su secretaria.

Y qué secretaria...

Sólo por verla a ella, valía la pena que los clientes acudieran a su oficina para encargarle casos.

¿Lo harían...?

El detective, en vez de responderse, se echó a reír.

CAPITULO V

Alan Rexton estacionó su coche frente al 260 de Brighton Street. En la calle había varios vehículos aparcados, pero el detective no vio ningún «Chrysler» azul. Esto no le desanimó, sin embargo, pues no significaba necesariamente que Peter Matthews no se encontrara en su apartamento.

Podía tener su coche en algún garaje próximo.

De cualquier modo, si el rubio había salido, ya volvería.

Era sólo cuestión de esperarle.

Y el investigador no tenía ninguna prisa.

Tranquilamente, Alan Rexton descendió del «Ford» y se introdujo en el edificio. El apartamento 28-B se encontraba en la cuarta planta, por lo que el detective tomó el ascensor.

Un par de minutos después, pulsaba el timbre del apartamento 28-B.

Peter Matthews no abrió.

Por lo visto, había salido.

No importaba.

Alan Rexton sabía cómo entrar en una casa, aunque nadie le abriese la puerta. Se metió la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, extrajo un juego completo de ganzúas, y eligió la que estimó que iría mejor a las características de la cerradura del apartamento del tipo rubio.

Apenas un minuto después, la puerta se abría.

El detective sonrió, satisfecho de su habilidad para abrir cerraduras, y devolvió el juego de ganzúas al bolsillo de su chaqueta. Luego, empujó suavemente la puerta y se coló con sigilo en el apartamento de Peter Matthews.

No había hecho ningún ruido con la ganzúa, y tampoco quería hacerlo ahora con sus zapatos. Todo parecía indicar que el apuesto Peter no se encontraba en su apartamento, pero Alan no se fiaba.

Podía estar durmiendo.

O en el baño.

Eso justificaría que no hubiese acudido a abrir, porque si uno no oye sonar el timbre no se entera de que están llamando a su puerta.

Cautelosamente, el detective se adentró en el apartamento.

Un apartamento amplio, moderno, confortable, con toda clase de lujos y comodidades.

Peter Matthews sabía vivir, no cabía duda.

Y eso era lo que Alan no veía claro.

¿Qué necesidad tenía un tipo como Peter de forzar a una

camarera de un club de *strip-tease*...?

Era joven, elegante, atractivo.

Y tenía dinero.

Podía tener las mujeres que quisiera, pagándolas o simplemente conquistándolas con su indudable atractivo físico.

¿Por qué violar a Susan Eshley?

¿Se trataba, tal vez, de un maníaco sexual...?

Alan Rexton seguía sin verlo claro, pero pensaba acabar con todas sus dudas en cuanto le pusiese la mano encima a Peter Matthews. Por el momento, se conformaría con registrar su apartamento, si es que realmente el tipo no se encontraba en él.

El detective fue hacia el dormitorio, cuya puerta estaba cerrada.

Cogió el pomo y lo hizo girar.

Lentamente.

Sin causar el menor ruido.

Después, empujó la puerta.

Silenciosamente, también.

La abrió cosa de un palmo y asomó la cabeza por el hueco.

La cama estaba vacía.

Y hecha.

O Peter Matthews no había dormido en su apartamento aquella noche, o había arreglado su cama antes de salir aquella mañana. Sea como fuere, Alan no dudó ya de que el rubio no se encontraba en su apartamento, porque, de hallarse en el baño, su dormitorio no estaría tan en orden.

De todos modos, echaría también una mirada al cuarto de baño.

Alan acabó de abrir la puerta y penetró en la habitación, a través de cuya ventana se filtraba la luz del exterior, iluminando suficientemente la estancia.

El investigador se dirigía ya al cuarto de baño, cuando vio algo sobre la mesilla de noche que le llamó la atención.

Era una pequeña libreta.

Parecía una agenda.

Alan se olvidó por el momento del cuarto de baño y se acercó a la mesilla de noche, tomando la pequeña libreta, la cual abrió. Se trataba, efectivamente, de una agenda.

Estaba repleta de nombres, todos ellos de mujer, con sus correspondientes direcciones, números de teléfono, y algunas anotaciones suplementarias, que recordaban sus características físicas.

Sus medidas anatómicas, el color de su pelo, su profesión, si eran ardientes, tibias o frías... Todo figuraba en aquella pequeña agenda, que era un auténtico fichero de mujeres con las que, evidentemente, el rubio Peter había tenido aventuras amorosas.

Alan no pudo resistir la tentación de leer algunas de esas anotaciones complementarias que figuraban debajo de los nombres, las direcciones y los números de teléfono.

Sobre una tal Sally Durbin, el mujeriego de Peter había apuntado lo siguiente: «Alta, rubia, soltera. 92- 60-92. Bailarina. Es un auténtico volcán.»

De otra, llamada Connie Bissett, había escrito esto: «Alta, morena, divorciada. 90-59-90. Modelo. Tarda bastante en entrar en acción, pero cuando se lanza, es una fiera. Muerde y araña todo lo que pilla.»

Y de una tercera, Diana Farleigh, había anotado: «Estatura corriente, pelirroja, soltera, difícil. 89-58-91. Yo fui el primero, pero tuve que llevarla a la colina.»

Alan Rexton levantó un instante la mirada.

—Llevarla a la colina... —murmuró, mientras se preguntaba qué querría decir aquello.

¿Acaso Peter Matthews solía llevar a las mujeres difíciles a una colina...?

¿A qué colina?

¿Y para qué?

¿Para violarlas, tal vez...?

¿Las poseería así, por la fuerza bruta, en esa colina?

¿Y después...?

Sí, ¿qué hacía Peter Matthews con las chicas que llevaba a la colina, una vez saciado su deseo?

¿Matarlas...?

Alan Rexton estuvo tentado de llamar por teléfono a la tal Diana Farleigh, para ver si le respondía. Y si le contestaba, sabría que seguía con vida, que Peter no la había asesinado, después de hacerla suya en la colina.

Había un teléfono sobre la mesilla de noche, pero el detective no lo tocó, por el momento. Aún tenía que echar una mirada al cuarto de baño, para asegurarse de que estaba solo en el apartamento.

Antes, sin embargo, leyó de nuevo lo que el rubio Peter había escrito sobre la pelirroja difícil.

—Yo fui el primero... —musitó, captando el significado de la corta frase.

Estaba muy claro.

Diana Farleigh era aún virgen, cuando Peter Matthews la conoció. Y allí, en aquella colina, perdió su virginidad. Seguramente en contra de su voluntad.

Peter había escrito aquello con orgullo.

Alan apretó las mandíbulas.

Empezaba a creer que el tipo era realmente un maniaco sexual.

¿Sería, también, un asesino...?

El investigador no iba a tener tiempo de responderse, porque un cuchillo estaba a punto de caer sobre su espalda, justo en medio de los omóplatos.

* * *

Sí.

El cuchillo centelleaba en el aire.

Lo empuñaba una mano enguantada.

Una mano grande, fuerte, vigorosa, porque así era también el hombre que esgrimía el destellante cuchillo.

Grandote.

Fuerte.

Musculoso...

Había surgido sigilosamente del cuarto de baño, aprovechando que Alan Rexton le daba la espalda. El detective privado, además, se hallaba distraído leyendo las singulares anotaciones de la agenda de Peter Matthews.

Era el mejor momento para acabar con él, y el asesino, que por cierto se cubría el rostro con una media de seda, lo que alteraba considerablemente sus facciones, no lo dudó y abandonó el baño, silencioso como una sombra.

Alan no lo había oído salir del cuarto de baño, ni tampoco aproximarse, por lo que ignoraba que se hallaba a un paso de la muerte.

El tipo no tenía más que descargar el cuchillo.

Sería una cuchillada mortal de necesidad.

El investigador miró de nuevo el teléfono.

Volvía a sentir deseos de llamar a Diana Farleigh, la pelirroja difícil, la que perdiera su virginidad en la colina, probablemente arrancada de una manera brutal por Peter Matthews.

Y eso fue lo que le salvó la vida.

Sí, porque en el auricular, muy limpio y brillante, vio reflejada la imagen de un brazo cuya mano apretaba con fuerza la empuñadura de un cuchillo.

El cuchillo que esgrimía el asesino.

CAPITULO VI

Alan Rexton reaccionó de manera centelleante.

Era la única forma de salvar el pellejo, porque el brazo del asesino ya descendía, para hundir el acero en la espalda del detective privado.

Alan burló la cuchillada saltando de lado, sobre la cama, en la que rebotó espectacularmente, cayendo al suelo por el lado opuesto.

El asesino, que no esperaba la relampagueante reacción del investigador, no pudo frenar el impulso de su musculoso brazo y se precipitó contra la mesilla de noche, cayendo también al suelo.

El tipo maldijo a través de la media de seda que encubría su personalidad, furioso por su fallo. Pero, como maldiciendo no iba a solucionar nada, se irguió con prontitud.

Todavía empuñaba el cuchillo.

Y seguía queriendo acabar con el detective.

Alan Rexton también se había incorporado con rapidez, para hacer frente al asesino.

Este dio un rugido de rabia y se arrojó sobre el investigador, volando como un pájaro por encima de la cama.

Alan se dejó arrollar por el tipo, pero tuvo la precaución de aferrarle el brazo derecho, para que no pudiera asestarle ninguna cuchillada.

Rodaron los dos por el suelo, furiosamente enzarzados.

El asesino pugnaba por recuperar la libertad de su brazo derecho, pero el detective no le soltaba la muñeca, consciente de lo que sucedería si permitía al individuo mover el brazo a su antojo.

Alan se dio cuenta de que el tipo era muy fuerte.

No le convenía seguir peleando con él en el suelo, tendría más posibilidades de reducirlo si se levantaban y continuaban la lucha en pie.

Antes, sin embargo, tenía que desarmarle.

Y no iba a ser fácil.

A menos que...

Lo que el detective estaba pensando no era muy correcto, pero como la situación no estaba como para andarse con excesivos miramientos, no lo dudó y le soltó un tremendo cabezazo al tipo en pleno rostro.

El asesino aulló, ahogado el crujido de su tabique nasal, machacado por la frente del investigador.

El terrible dolor hizo que el tipo perdiera sus fuerzas durante

unos segundos, circunstancia que aprovechó Alan para arrebatarse el cuchillo y ponerse rápidamente en pie.

El asesino se agarró la cara con ambas manos.

Su triturado apéndice nasa! despedía sangre en cantidad, bañando la media de seda que disimulaba sus facciones.

Alan arrojó el cuchillo debajo de la cama, porque no quería usarlo contra el tipo. Lo necesitaba vivo, para hacerle «cantar», así que decidió utilizar solamente sus puños.

El asesino ya se estaba incorporando, ciego de cólera y de dolor.

Se alegró de que el detective se hubiera deshecho del cuchillo, porque así pelearían en igualdad de condiciones y le sería más fácil vencerle, gracias a su extraordinaria fortaleza física.

Pero estaba equivocado.

El era más musculoso, pero el investigador era más ágil y más diestro con los puños, lo cual se vio en seguida.

El asesino soltó su puño derecho con la potencia de un obús, pero Alan se agachó con rapidez y la poderosa maza del tipo sólo golpeó la atmósfera.

El puño del detective, en cambio, golpeó el hígado de su rival.

Fue un puñetazo duro, seco, preciso, y el asesino lo acusó, doblándose al instante, el tiempo que lanzaba un bramido de dolor.

El otro puño del investigador entró inmediatamente en acción, percutiendo en la mandíbula del individuo, quien se irguió en el acto.

Alan le asestó un tercer puñetazo, de nuevo en la cara, y el tipo se tambaleó, aunque no llegó a perder el equilibrio.

El detective se dispuso a zurrarle por cuarta vez consecutiva, pero el asesino se le echó inesperadamente encima y le propinó un doloroso cabezazo en el estómago.

Alan emitió un rugido y cayó al suelo.

El tipo cayó sobre él y le aprisionó velozmente el cuello con sus manazas, protegidas por un par de guantes negros, de piel.

Alan vio la cosa muy mal.

Francamente mal.

Con la fuerza que tenía el asesino, iba a ser muy difícil arrancarle las manos de su gáznate. Y le estrangularía, si no conseguía librarse de aquel par de garras de acero.

Alan lo intentó desesperadamente, pero, como ya se temía, fracasó.

El tipo no quería soltarle el cuello.

Lo que quería era verlo con un palmo de lengua fuera.

Por eso apretaba con la fuerza de un toro.

Sin piedad.

El detective tenía el rostro congestionado y los ojos muy abiertos, como si quisieran abandonar sus cuencas.

Eran los primeros síntomas de la asfixia.

Y Alan Rexton no quería morir asfixiado.

Ni asfixiado, ni de ninguna otra manera.

Era demasiado joven para abandonar el mundo de los vivos.

Tuvo una idea, para librarse del asesino, y la llevó inmediatamente a la práctica. Soltó los brazos del tipo y extendió los suyos en el suelo, abiertos de par en par.

Daba la impresión de que el investigador abandonaba la lucha y se resignaba a su suerte, como si ya no le quedaran fuerzas para seguir defendiendo su vida.

Pero no.

Alan había separado totalmente los brazos para tomar impulso y estrellar sus manos abiertas contra las orejas del asesino.

Y eso hizo.

Con toda la violencia de que fue capaz.

El tipo lanzó un terrible alarido y soltó inmediatamente la garganta del detective privado, para poder agarrarse la cabeza. Tenía la sensación de que le había estallado una granada dentro de ella.

Naturalmente, él no oyó su propio alarido de dolor.

Se había quedado momentáneamente sordo.

Y el tipo temía que fuera para toda la vida, pues pensaba que el investigador le había reventado los oídos.

Alan no perdió el tiempo.

Tenía que aprovechar el momento para reducir de una manera definitiva al asesino. Y, para empezar, le estrelló el puño en el mentón y lo tiró de, espaldas.

El detective se irguió, aunque sólo de cintura para arriba, y golpeó de nuevo al tipo, ahora con el puño izquierdo y también en la cara.

El asesino no acertó a defenderse.

Las terribles palmadas en los oídos le habían dejado poco menos que a merced del investigador, y como éste no le dio tiempo para recuperarse, acabó perdiendo el sentido, al recibir varios puñetazos seguidos.

Alan, jadeante, se llevó las manos al cuello.

Lo tenía muy enrojecido, y le dolía, a causa de los brutales apretones de las manos del asesino.

—Pedazo de bestia... —masculló, mientras se masajeaba el gaznate.

Después, y arrodillado todavía junto al cuerpo inanimado del

sujeto, le arrancó la media de seda y descubrió su cara, hinchada y ensangrentada.

No era Peter Matthews.

Alan lo supo por el pelo.

El tipo no lo tenía rubio, sino negro como el carbón.

El investigador quedó desconcertado.

¿Quién diablos era aquel individuo...?

¿Y por qué lo había atacado?

¿Por qué intentó hundirle un cuchillo entre los omoplatos...?

Alan no tenía la menor idea, pero saldría de dudas en cuanto el fulano volviese en sí, porque lo iba a hacer «cantar» de plano.

* * *

El tipo sólo tardó unos minutos en abrir los ojos.

Intentó levantar la cabeza, pero al instante sintió un pinchazo en la garganta.

—Yo me quedaría quieto, amigo, —aconsejó Alan Rexton, que había recuperado el cuchillo del individuo.

Lo tenía aplicado al gaznate del tipo, por eso éste se había pinchado con el extremo del mismo cuando quiso levantar la cabeza.

La proximidad del arma obligó al sujeto a seguir el consejo del detective privado. No podía moverse, porque corría el peligro de que el investigador le rebanara la nuez.

Bueno, al menos había recobrado el sentido auditivo.

Le seguían doliendo las orejas, pero podía oír.

Alan Rexton empezó a interrogarle:

—¿Cuál es tu nombre?

El tipo no respondió.

—¿Quieres que te pinche con el cuchillo? —amenazó Alan, presionando ligeramente con el arma.

El individuo se apresuró a responder:

—Soy Ron Aubrey.

—¿Por qué querías matarme?

—¿Es que no te dice nada el apellido Aubrey?

—No, no me suena.

—Pues lo tienes apuntado en tu agenda de conquistas.

—¿En mi agenda de...?

—Gladys Aubrey. Alta, pelo castaño, casada. 88-60- 89. Se vuelve loca de placer cuando le beso los pechos y le aprisiono los

pezones con mis dientes. Es terriblemente apasionada.

Alan Rexton empezó a entender.

—Tú eres el marido de Gladys, ¿eh?

—Sí.

—Y quieres vengarte, ¿no es así?

—No me gusta que me pongan los cuernos.

—Yo no te los he puesto, Ron.

—¡Te has acostado con mi mujer!

—Ni siquiera la conozco, te lo aseguro.

—¡Ella misma me lo confesó!

—Tu mujer te diría que ha hecho el amor con Peter Matthews, no conmigo.

—¡Tú eres Peter Matthews!

El detective movió la cabeza.

—Peter es rubio, y yo tengo el pelo oscuro. ¿Es que no te has dado cuenta?

—¿Rubio?...

—Te has equivocado de hombre, amigo. Yo me llamo Alan Rexton, y soy investigador privado.

—Investigador privado... —murmuró el tipo, perplejo.

Alan retiró el cuchillo de la garganta de Ron Aubrey y explicó:

—Estoy buscando a Susan Eshley, una camarera a la que Peter Matthews invitó a cenar hace dos noches. La chica no ha vuelto a casa. Por eso estoy aquí. Quiero que Peter me diga qué hizo con Susan. Cuando me atacaste, pensé que eras Peter. Luego, al arrancarte la media de seda y comprobar que tu pelo no es rubio, comprendí que no había peleado con Peter Matthews.

Ron Aubrey incorporó lentamente el torso y quedó sentado en el suelo.

—Lamento lo sucedido, Rexton.

—Quieres matar a Peter, ¿eh?

—Sí. He pasado toda la noche aquí, esperándole, y cuando te vi entrar, pensé que eras Peter.

—Estuviste a punto de liquidar a un inocente, Aubrey.

—Lo siento mucho, de veras.

Alan esbozó una sonrisa.

—Yo también lamento haber tenido que golpearte duro, pero era la única manera de reducirte. Eres muy fuerte, Aubrey.

—Y tú muy bueno peleando, Rexton.

El detective le devolvió el cuchillo, diciendo:

—Olvidate de Peter Matthews, Aubrey. Yo me encargo de que reciba su merecido.

—¿De veras?

Ron Aubrey se puso en pie, ayudado por el investigador.

—Lávate la cara —indicó Alan—. Así no puedes salir a la calle.
—Tienes razón —respondió el tipo, y se introdujo en el cuarto de baño.

CAPITULO VII

Mientras Ron Aubrey se aseaba en el cuarto de baño, Alan Rexton recogió la agenda de conquistas de Peter Matthews, que había caído al suelo, y la abrió por la letra «A».

Allí figuraba, efectivamente, Gladys Aubrey, con su dirección, su número de teléfono, y sus datos físicos. Lo de que se volvía loca de placer cuando el apuesto Peter le besaba los pechos y le aprisionaba los pezones con sus dientes debía de ser cierto, porque estaba anotado en su breve ficha.

El detective comprendía que Ron Aubrey deseara matar a Peter Matthews, por haberse acostado con su mujer... y por haber escrito aquello sobre ella.

Alan buscó la letra «E», para ver si también Susan Eshley figuraba en la agenda de aventuras amorosas de Peter, pero el nombre de la camarera no estaba anotado.

¿Por qué?

¿Porque la había asesinado, tal vez...?

¿O simplemente porque no había tenido tiempo de incluirla en su fichero de mujeres con las que había hecho el amor?

Alan volvió a pensar en Diana Farleigh, la pelirroja difícil que perdiera su virginidad en la colina. Buscó la letra «F» y leyó el número de teléfono de la chica.

Tenía que llamarla.

Ella podía aclararle muchas cosas.

Si continuaba con vida, claro.

Alan estaba a punto de tomar el auricular, cuando vio salir del baño a Ron Aubrey, sin huellas de sangre ya en su rostro. No obstante, tenía la nariz hinchada y algo amoratada. También tenía las orejas más gordas de lo normal, y terriblemente coloradas.

El investigador retiró su mano del teléfono. Haría la llamada cuando Ron Aubrey se marchara.

—Mi cara no ha mejorado mucho, Rexton —dijo el marido de Gladys, tocándose la abultada nariz.

—Bueno, al menos ya no está manchada de sangre —repuso Alan, con una sonrisa.

Ron Aubrey se fijó en la agenda que tenía el detective en las manos.

—Hay un montón de chicas apuntadas en ese pequeña libreta, ¿eh. Rexton?

—Ya lo creo.

—Ese bastardo de Peter Matthews ha hecho el amor con la mitad

de las mujeres de Londres, —masculló Aubrey.

Alan carraspeó.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada, Aubrey?

—Sí, no me importa.

—¿Forzó Peter a tu mujer... o ella se entregó a él voluntariamente?

Ron Aubrey apretó los puños, ahora desprovistos de guantes.

—No la violó, si es a eso a lo que te refieres. Pero

Gladys no quería hacer el amor con él. Me lo juró, mientras la abofeteaba, y creo que no mintió.

—¿Por qué consintió, entonces, que Peter la hiciera suya?

—La sedujo con sus fogosos besos y sus hábiles caricias. Es verdad que Gladys es muy apasionada. Se excita con facilidad, y cuando eso ocurre, su fuerza de voluntad queda reducida al mínimo. El hijo de perra de Peter supo despertar en ella la ardiente llama del deseo, con sus toqueteos, y Gladys no tuvo fuerzas para rechazarle. No quería engañarme con él, pero su excitación pudo más y permitió que ese cerdo la poseyera. Luego se arrepintió, pero ya era tarde. Peter la había hecho suya... y yo ya tenía los cuernos puestos. ¡Maldita sea la madre que trajo al mundo a ese puerco!

Alan le puso la mano en el hombro y se lo oprimió amistosamente.

—Tranquilízate, Aubrey.

—Me quema la sangre cada vez que...

—Lo comprendo.

—Peter Matthews es un canalla, Rexton. Para él, las mujeres son como trofeos. Lucha por conseguirlas, pero cuando las obtiene, se olvida de ellas. Sólo las recuerda cuando lee sus nombres y sus características físicas en su agenda de conquistas. Son como trofeos, ya lo he dicho. Ha conseguido un montón, pero no se conforma. Quiere poseer a más mujeres. Aumentar su colección de trofeos, sin pensar en el daño que puede hacer a muchas de esas mujeres. Es un miserable. Una rata asquerosa. Un sucio reptil.

—Recibirá su merecido, te lo prometo.

—Gracias, Rexton.

—Ahora debes marcharte, Aubrey.

—¿Vas a esperar a Peter?

—Sí.

—Dale una soberana paliza, cuando llegue.

—Descuida —sonrió Alan.

—Adiós, Rexton. Y perdóname de nuevo por haberte confundido con ese bastardo.

—Ya está olvidado, Aubrey.

Se estrecharon la mano como dos buenos amigos, y luego Ron Aubrey abandonó el apartamento de Peter Matthews, llevándose la media de seda que utilizara para encubrir su personalidad, el cuchillo que estuvo a punto de clavar en la espalda de Alan Rexton, y el par de guantes de piel que se colocara para no dejar huellas.

* * *

Alan Rexton estaba marcando ya el número de Diana Farleigh. Esperó.

La señal de llamada sonó varias veces, pero la pelirroja difícil no contestó.

¿Habría salido de casa?

¿Estaría muerta?

¿La asesinó Peter Matthews en la colina, después de hacerla suya por la fuerza bruta...?

Preocupado, Alan Rexton colgó el auricular y se sentó en la cama del rubio Peter. Mientras pensaba, se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

La noche pasada, Peter Matthews no había dormido en su apartamento.

Ron Aubrey se lo había confirmado.

Y, la noche anterior, fue cuando el rubio invitó a Susan Eshley a cenar.

La camarera no había vuelto por el apartamento que compartía con Paula Grayson, y probablemente Peter Matthews tampoco había vuelto por el suyo.

¿Dónde estarían?

¿Seguirían juntos?

¿Estaría equivocada Paula, y su amiga Susan se encontraba voluntariamente en compañía del atractivo Peter, viviendo una intensa aventura amorosa...?

A Gladys Aubrey, no tuvo necesidad de forzarla.

Ella misma le había confesado a su marido que Peter Matthews no la violó, que se limitó a besarla y acariciarla expertamente, despertando en ella el irreprimible deseo de hacer el amor, y que por eso no le rechazó cuando él intentó poseerla.

Ni siquiera la llevó a la colina.

Al menos, en la agenda no decía que Peter hubiera tenido que

llevar a Gladys Aubrey a la colina, para poder hacerla suya.

¿Por qué descartar totalmente, entonces, que Susan Eshley se hubiera entregado voluntariamente al apuesto y musculoso Peter, excitada por sus ardorosos besos y sus hábiles caricias, y que continuara con él, en algún lugar solitario y tranquilo, apropiado para amarse y gozar libremente...?

Paula Grayson había descartado tal posibilidad porque su amiga Susan no había vuelto al apartamento en busca de sus cosas, ni le había telefonado, para explicarle lo que sucedía.

Bueno, en realidad, sólo habían pasado dos noches y un día. Quizá Susan no necesitaba más cosas de las que llevaba puestas. Y quizá no hubiera teléfono donde ella y el rubio Peter se encontraban, gozando el uno del otro hasta la saciedad...

Alan Rexton se hallaba lleno de dudas.

Unas dudas que sólo Peter Matthews le podía aclarar.

Pero Peter no estaba en casa.

Y tal vez no volviera en todo el día.

Diana Farleigh también podría aclararle muchas dudas, pero tampoco ella estaba en casa.

Alan no quiso seguir en el apartamento de Peter Matthews, así que se puso en pie, arregló la cama, se guardó la agenda de conquistas del rubio, y se largó, en busca de la pelirroja difícil.

* * *

Media hora después. Alan Rexton hacía sonar el timbre del apartamento de Diana Farleigh. Pensaba que la pelirroja difícil no le iba a abrir, y que tendría que recurrir a su magnífico juego de gánzuas para poder entrar en su casa, pero se equivocó.

Ni siquiera tuvo que esperar un tiempo prudencial.

La chica abrió la puerta a los quince segundos escasos de que el detective hubiera apretado el timbre. Se cubría con una delgada bata y calzaba zapatillas de baño.

Alan apostó consigo mismo a que, debajo de la bata, la pelirroja no llevaba absolutamente nada.

Ella le observó con curiosidad.

—¿Qué desea?

El detective carraspeó y se presentó:

—Me llamo Alan Rexton, y soy investigador privado.

—¿Investigador...?

—Es usted Diana Farleigh, ¿verdad?

—Sí.

—La llamé antes por teléfono, pero no contestó. —Debió pillarme debajo de la ducha, y no oí sonar el timbre.

—Seguro.

—¿En qué puedo servirle, señor Rexton?

—Quiero que me hable de Peter Matthews, Diana. Los ojos de la pelirroja despidieron un centelleo. —¿Peter Matthews?

—Sí.

—Lo siento, no lo conozco —gruñó la chica, y le dio con la puerta en las narices.

CAPITULO VIII

A Alan Rexton no le sorprendió demasiado la reacción de Diana Farleigh. Era lógico que la muchacha no deseara hablar de Peter Matthews, el tipo que le arrebatara su virginidad en la colina, por la fuerza o simplemente anulando su voluntad con sus besos y sus caricias, cada vez más audaces y excitantes.

A pesar del portazo, el detective privado se sentía contento.

Diana Farleigh seguía con vida.

Peter Matthews no la había asesinado.

La chica podía contarle lo que ocurrió en la colina.

Ella no quería, pero Alan estaba seguro de poder convencerla, y pulsó, de nuevo el timbre.

La pelirroja no abrió.

Alan repitió la llamada y rogó:

—Abrame, Diana, por favor. Sé que esté usted ahí, pegada a la puerta. Es muy importante que hable con usted, y no me marcharé sin haberlo conseguido. Soy capaz de permanecer todo el día aquí, frente a la puerta de su apartamento, haciendo sonar el timbre cada minuto. Será muy incómodo para mí, pero también muy molesto para usted. Abra la puerta, se lo suplico.

Las palabras del investigador, efectivamente, convencieron a Diana Farleigh, quien abrió de nuevo la puerta.

—Le he dicho que no conozco a ningún Peter Matthews, señor Rexton —aseguró, muy seria.

Alan extrajo la agenda de conquistas del rubio Peter y se la mostró a la chica.

—¿Sabe que es esto, Diana?

—Parece una agenda.

—Lo es. Y pertenece a Peter Matthews. Está llena de nombres de chicas. Y el suyo figura entre ellos, Diana.

—Sin duda se trata de otra Diana Farleigh —respondió nerviosamente la joven.

Alan abrió la agenda por la letra «F» y leyó:

—«Estatura corriente, pelirroja, soltera, difícil. 89- 58-91. Yo fui el primero, pero tuve que llevarla a la colina.»

Diana Farleigh enrojeció, pero no dijo nada.

Alan cerró la agenda y añadió:

—También figura su dirección, Diana. Y su número de teléfono. No puede, por tanto, tratarse de otra Diana Farleigh.

La pelirroja rompió su mutismo:

—No quiero hablar de Peter Matthews, señor Rexton. Y usted no puede obligarme a ello.

—No pretendo obligarla, Diana.

—Entonces, váyase.

—Le diré por qué he venido, Diana. Hace dos noches, Peter Matthews invitó a cenar a una camarera de un club de *strip-tease*. El Minerva Club, concretamente. La chica se llama Susan Eshley, y no se ha vuelto a saber de ella desde esa noche. Paula Grayson, la joven que comparte su apartamento con Susan Eshley, me ha contratado para que busque a su compañera. Teme que le haya ocurrido algo.

—Hable con Peter Matthews.

—He estado en su apartamento, pero Peter no se encontraba en él. Y parece que no ha vuelto por allí desde la noche que salió con Susan Eshley.

—Debe estar con ella, pues.

—¿Dónde?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Usted salió con Peter, Diana.

—Fue un error que lamentaré toda mi vida.

—¿Adónde la llevó Peter, Diana?

—A la colina, ya lo leyó en la agenda.

—¿No la llevó a ningún sitio más?

—No.

—¿Dónde está esa colina, Diana?

—No sabría explicárselo.

—¿Qué pasó allí?

—También lo dice en la agenda.

—Sólo dice que Peter fue el primero —carraspeó Alan.

—Y es verdad. Yo aún era virgen cuando salí con Peter Matthews. Sólo tengo diecinueve años. No había hecho el amor con ningún hombre. Y no quería hacerlo con él, pero...

—¿La obligó?

Diana Farleigh movió la cabeza.

—No, debo ser sincera y confesar que Peter Matthews no recurrió a la violencia conmigo. Es un hombre muy atractivo, y besa y acaricia de una forma que... No tuve fuerzas para rechazarle, ésa es la verdad. Me dijo, además, que yo le gustaba muchísimo, que era una chica estupenda, y que se había enamorado de mí. No era cierto, claro. Lo dijo para que yo me dejara poseer por él. Y lo consiguió.

—¿Qué pasó después?

—Abandonamos la colina y regresamos a Londres. Peter me dijo que deseaba pasar la noche conmigo aquí, en mi apartamento. Y yo consentí. Ya había perdido mi virginidad, así que no me importó hacer nuevamente el amor con él. Dormimos juntos esa noche, y también la siguiente. Peter me hizo gozar intensamente, debo confesarlo. Fueron

dos noches maravillosas, y como Peter seguía repitiéndome que estaba loco por mí, yo llegué a creerlo. Fui una tonta. Tan tonta, que pensé que Peter no tardaría en pedirme que me casara con él. Pero no fue así. Ni siquiera hubo más noches de amor. Sólo aquellas dos. Peter no volvió. Desapareció de mi vida sin darme la menor explicación. Entonces comprendí la clase de individuo que era. Yo no le importaba un pimiento. Me conoció, me poseyó, disfrutó un par de noches conmigo, y se olvidó de mí. Sólo fui una chica más para él. Un nombre más que apuntar en su agenda de conquistas amorosas...

Diana Farleigh tenía los ojos húmedos.

Casi en llanto.

Alan Rexton sintió pena por ella y le ofreció su pañuelo.

La joven lo rechazó.

—No lo necesito, gracias.

—Peter Matthews es un tipo despreciable —dijo Alan.

—Sí.

—Comprendo que no quisiera usted hablarme de él, Diana.

—Me resulta muy doloroso, señor Rexton, porque Peter Matthews me hizo mucho daño. No físico, sino moral. Y tardaré mucho en recuperarme.

—Cuando le ponga las manos encima a ese canalla, le voy a dar un buen par de puñetazos de su parte, Diana —prometió el detective.

—Le quedará muy agradecida.

—Yo sí que le estoy agradecido, Diana. Y mi agradecimiento sería ya infinito si tuviera usted la amabilidad de acompañarme a la colina en donde el malnacido de Peter la sedujo con su atractivo físico, su experiencia con las mujeres, y sus cochinas mentiras.

—¿Acompañarle a la colina...?

—Sí.

—¿Por qué quiere ir allí?

—Susan Eshley también es una chica difícil, Diana, y es posible que Peter la llevara a esa colina. Quiero saber dónde está, y echar un vistazo por allí. Tal vez encuentre algún rastro de que Peter y Susan estuvieron hace dos noches en esa colina. ¿Querrá hacerme el favor de llevarme hasta allí, Diana?

La muchacha se miró.

—No estoy vestida, señor Rexton.

—Esperaré, no se preocupe. No tengo ninguna prisa.

Diana Farleigh sonrió ligeramente.

—Está bien, señor Rexton. Le llevaré a esa colina.

—Un millón de Gracias, preciosa.

—Pase.

Alan entró en el apartamento de la atractiva pelirroja, esperó a que ella se vistiera, y luego lo abandonaron juntos. Minutos después, partían en dirección a la colina en el «Ford» del detective.

CAPITULO IX

La colina en donde Diana Farleigh fuera seducida por Peter Matthews se hallaba a varios kilómetros de Londres, y se llegaba a ella por un estrecho camino jalonado de árboles.

La bella pelirroja, que se había puesto un bonito vestido mañanero, de finos tirantes y escote cuadrado, abierto por delante, extendió el brazo y dijo:

—Allí está, señor Rexton.

El investigador observó la colina que había aparecido a lo lejos.

—¿Es ésa, Diana?

—Sí.

—Bien.

El «Ford» del detective siguió rodando por el estrecho camino, alcanzó la colina, e inició el ascenso, llegando hasta la cima. Alan lo detuvo y paró el motor. El lugar estaba tranquilo.

Solitario.

Silencioso...

—Un sitio ideal para hacer el amor, no hay duda —comentó el investigador.

—Por eso Peter me trajo aquí —rezongó Diana Farleigh.

—Me pregunto a cuántas chicas habrá traído.

—A bastantes, seguro.

—Se podría llamar «La colina del amor», ¿no cree?

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Más bien La colina del placer —opinó.

—Sí, ese nombre aún le va mejor —respondió Alan, riendo—.

Salgamos del coche, Diana.

Descendieron los dos del «Ford».

—Echemos un vistazo, a ver si encontramos algo —dijo el detective, cogiendo del brazo a la joven.

Caminaron por entre los árboles, escrutando el suelo.

De pronto, Alan se detuvo.

—Un momento, Diana.

—¿Ha visto algo?

—Creo que sí.

El detective dio un par de pasos, se agachó, y recogió un objeto del suelo, el cual mostró a la muchacha.

—Es un tacón de zapato... —murmuró Diana.

—De zapato de mujer —asintió Alan.

—¿Sabe si pertenece a Susan Eshley?

—No, pero me lo voy a guardar. Paula Grayson me lo dirá. Sigamos buscando, Diana. El hallazgo de ese tacón parece indicar que su dueña

corrió por aquí, probablemente perseguida por alguien.

—¿Peter Matthews...?

—Apostaría por ello.

—Piensa que la chica no se dejó seducir y huyó de él, ¿no?

—Exacto.

Alan y Diana siguieron escrutando la colina.

Poco después, descubrían una mancha oscura en la tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha.

—Parece sangre. Sangre seca —respondió el detective, y se acuclilló para comprobarlo..

Tocó la mancha oscura con las yemas de los dedos,

—Efectivamente, es sangre —informó.

—Dios mío —musitó Diana, estremeciéndose.

Alan se irguió y la miró.

—Creo que Peter asesinó a Susan, Diana. Ella no se dejaba poseer, y él la mató. Aquí, en este mismo lugar. Después, ocultó el cadáver y se largó a toda prisa.

—¡Qué horror!

Alan miró a su alrededor.

—Tenemos que encontrar el cuerpo de Susan Eshley. No puede estar muy lejos. Vamos.

El detective cogió de la mano a Diana Farleigh y echó a andar.

Había algunos matorrales en aquella colina.

Eran grandes.

Y espesos.

Un cuerpo humano podía quedar perfectamente oculto en cualquiera de ellos.

Alan miró en el matorral más cercano a la mancha de sangre seca.

Diana no pudo reprimir un grito de horror.

De horror... y de sorpresa.

También Alan se sintió tan horrorizado como sorprendido.

Y no era para menos.

En el matorral, efectivamente, había un cadáver.

Pero no era el cadáver de Susan Eshley.

¡Era el cadáver de PETER MATTHEWS...!

* * *

Sí.

El cuerpo sin vida que ocultaba el espeso matorral era el del apuesto rubio. Y tenía la cabeza destrozada.

Al parecer, le habían golpeado dura y repetidamente con una piedra.

Su cráneo estaba literalmente machacado.

Diana Farleigh no pudo seguir contemplando algo tan horrible, y

se abrazó con fuerza a Alan Rexton.

—¡Señor Rexton! —exclamó, toda temblorosa.

El investigador soltó el matorral, que volvió a ocultar el cadáver de Peter Matthews, y estrechó el hermoso cuerpo de Diana Farleigh.

—Cálmese, Diana.

—¡Es Peter Matthews!

—Lo sé.

—¡Le han aplastado la cabeza!

—Serénese, se lo ruego.

—¡Es horroroso, señor Rexton!

—Desde luego. Si llego a saber lo que íbamos a encontrar en esta maldita colina, no le habría pedido que me acompañara, Diana.

La joven levantó su cabeza del hombro del detective y lo miró a los ojos, temblorosa todavía como una hoja y tan pálida como un difunto.

—¿Lo mató Susan, señor Rexton?

—Eso parece.

—¿Cómo pudo...?

—Peter debió darle alcance, la tumbó en el suelo, y se dispuso a abusar de ella. Susan, aterrorizada, se defendió, pero no consiguió librarse de Peter, dada la fortaleza de éste. Casualmente, su mano debió tropezar con una piedra y... Bueno, es evidente que golpeó con ella varias veces a Peter, en el cráneo, con todas sus fuerzas. Sin duda se hallaba histérica, absolutamente dominada por el terror, y no sabía bien lo que hacía. Sólo sabía que estaban a punto de violarla, y se defendió con furia. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, Peter Matthews era ya cadáver.

—¡Qué espanto!

—Estoy seguro de que Susan no deseaba matar a Peter, sino simplemente librarse de él y evitar que abusara salvajemente de ella. Pero la cosa ya no tenía remedio, así que Susan arrastró el cadáver de Peter hasta este matorral y lo ocultó, abandonando seguidamente la colina en el coche de Peter.

—¿Y adónde fue?

—Ojalá lo supiera. Debió marcharse de aquí aterrada por lo que había hecho, y puede que aún siga así. Por eso no ha vuelto por su apartamento, ni ha acudido al club en donde trabaja. Tiene miedo, y no quiere dejarse ver.

—Pobre chica...

—Mató a Peter en defensa propia, no tiene por qué esconderse. El pretendía violarla, y ella se defendió como pudo. No creo que la encierren por haber dado muerte a este gusano de Peter. Además, ella no quería matarle, sólo deseaba escapar de él antes

de que la forzara.

—Eso es cierto.

—En fin, trataré de dar con ella. Susan Eshley es una buena chica, y debe de estar sufriendo mucho.

—Seguro que sí.

Alan le acarició el rojizo cabello.

—¿Se encuentra mejor, Diana?

—Todavía me tiembla todo.

—Se ha quedado sin color en el rostro.

—No me extraña. Y creo que me hubiera desplomado, de no haberme abrazado a usted, señor Rexton. No le importa que lo haya hecho, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Me encanta que me abracen las chicas bonitas. Y si me dan un beso, mejor.

—¿De veras quiere que le bese?

—Si no me consideras demasiado feo, claro.

Diana Farleigh sonrió.

—Usted no tiene nada de feo, señor Rexton.

—Ya va siendo hora de que me llames Alan. Y tutéame, que yo ya lo estoy haciendo.

—De acuerdo.

—Venga ese beso.

—Con mucho gusto —respondió la joven, y besó al investigador.

Alan la estrechó de nuevo y le devolvió el beso.

Cuando separaron sus bocas, el detective preguntó:

—¿Te sientes mejor ahora, Diana?

—Sí.

—Yo también.

—Pero volveremos a sentirnos mal, si no nos alejamos de aquí.

—Tienes razón. Esto ya no se puede llamar «La colina del amor» ni «La colina del placer». Hay otro nombre que le va mejor.

—¿Cuál?

—«La colina de la muerte».

Diana Farleigh no pudo evitar un estremecimiento.

—Vámonos, Alan.

—Sí.

Alan Rexton cogió de la mano a la muchacha y echaron a andar los dos hacia el coche.

CAPITULO X

Paula Grayson sonrió con amplitud al ver entrar a Alan Rexton.

—Hola, jefe.

—¿Qué tal le va a mi nueva y guapa secretaria? —preguntó el detective.

—No puedo decir que el trabajo me agobie, desde luego. Ni una sola visita, ni una sola llamada... Pero sigo ilusionada y continúo sintiéndome feliz.

—Me alegro mucho, Paula.

—¿Se ganó la foto en bikini, jefe?

—Algo más que eso.

Paula Grayson se puso en pie, visiblemente nerviosa.

—¿Quiere decir que encontró al rubio Peter, señor Rexton...?

—Sí.

—¿Cómo lo consiguió?

—Su flamante «Chrysler» azul me llevó hasta él. Lo compró hace apenas un par de semanas, y los concesionarios de la Chrysler en Londres me facilitaron su nombre completo y su dirección. Peter Matthews, 260 de Brighton Street, apartamento 28-B.

—¡Pero qué hombre tan listo!

—Muchas gracias.

—¿Estaba Peter Matthews en su apartamento?

—No.

—¿Dónde lo encontró, pues?

—En la colina.

—¿Colina?... ¿Qué colina?

Alan le habló de la agenda de conquistas de Peter Matthews, al tiempo que se la mostraba. Le habló, también, de Ron Aubrey y de su pelea con él. De Gladys, la esposa de Ron. Y de Diana Farleigh, la pelirroja difícil...

—Le pedí a Diana que me acompañara a esa colina, y ella accedió gustosamente —añadió el investigador—. Es una joven muy amable y muy simpática.

—¿Y Peter Matthews estaba allí...?

—Sí.

—¿Solo o acompañado?

—Solo.

—¿Y qué le dijo?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No podía hablar, Paula.

—¿Por qué?

—Estaba muerto.

Paula Grayson dio un fuerte respingo.

—¿Qué...?

—Lleva un par de días así. Le destrozaron la cabeza con una piedra, al parecer, y luego escondieron su cadáver en un matorral.

—¿Quién lo hizo?

Alan extrajo el tacón que encontrara en la colina y se lo mostró a su secretaria.

—La dueña del zapato al que pertenece este tacón. Paula lo tomó y lo examinó.

—¡Es de Susan! —exclamó.

—Entonces, ella mató a Peter Matthews.

* * *

Alan Rexton había expuesto ya su teoría sobre lo sucedido en la colina a Paula Grayson, y ésta no encontró argumento alguno que le permitiera rechazarla.

Era evidente que Peter Matthews había llevado a Susan Eshley a aquella colina, dos noches antes. El hallazgo del tacón lo demostraba, como demostraba también que Susan había corrido por la colina, sin duda perseguida por el mujeriego de Peter.

Y Peter Matthews había aparecido muerto en un matorral.

Y su magnífico «Chrysler» no estaba en la colina.

¿Quién se lo había llevado...?

Susan Eshley, estaba muy claro.

Huyó con él, después de ocultar el cadáver de Peter en el matorral.

Paula Grayson, pues, aceptó que Susan había matado al rubio Peter en defensa propia, puesto que él intentaba violarla.

—¿Dónde puede estar. Alan? —preguntó, llamándolo por su nombre por primera vez, lo cual agradó al investigador.

—No lo sé, Paula.

—Debe sentirse horrorizada.

—Claro. Por eso no se ha puesto aún en contacto contigo —se atrevió el detective a tutear a su secretaria—. Pero lo hará, tarde o temprano. Eres su mejor amiga. Paula. Y trabajáis juntas, además. Verás como aparece pronto y te cuenta todo lo que pasó en la colina.

—¿Y qué ocurrirá después?

—Bueno. Susan tendrá que presentarse en la comisaría más

próxima y dar cuenta de lo sucedido en la colina.

—Me temo que no querrá hacerlo.

—¿Por qué?

—La encerrarán.

—No, porque mató a Peter Matthews en defensa propia y sin pretenderlo, puesto que sólo deseaba librarse de él antes de que la ultrajara.

—¿Olvida que Susan es una camarera de un club de *strip-tease*, Alan?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Para la policía, mucho.

El investigador la tomó por los hombros.

—Estás equivocada, Paula. El juez no condenará a Susan sólo porque ella sea una camarera de un club de *strip-tease*. Además, demostraremos la clase de individuo que era Peter Matthews. Diana Farleigh le contará al juez lo que Peter hizo con ella. Y lo mismo hará Gladys Aubrey. Y presentaremos más testimonios. Todos los que sean necesarios. La agenda de Peter está repleta de nombres y de direcciones de mujeres más o menos seducidas por él. El juez, en el fondo, se alegrará de que Susan acabara con un individuo así, te lo aseguro.

Paula Grayson lo miró a los ojos.

—¿De veras lo cree, Alan?

—¿Por qué no me tuteas?

—¿Tutear una secretaria a su jefe?

—Quiero ser un jefe muy particular para ti, Paula. Y me gustaría que también tú fueses una secretaria muy particular para mí. No sé si me entiendes.

—Me temo que no.

—Trataré de explicarme mejor —dijo el detective, y besó los preciosos labios de Paula Grayson.

Ella no rechazó la caricia.

Después, Alan preguntó:

—¿Me entiendes ahora, Paula?

—No, porque un beso en la boca puede significar muchas cosas.

—Cierto. Pero, en este caso, sólo tiene un significado.

—¿Cuál?

—Creo que eres la mujer de mi vida, Paula.

—¿No es demasiado pronto para llegar a una conclusión tan importante, Alan?

—Tal vez. Por eso no hablaremos más de ello, por el momento. Quede constancia, sin embargo, de que me gustas con locura. Y si consigo que tú sientas lo mismo por mí, habrá llegado la hora de hablar en serio sobre nuestro futuro. ¿Estás de acuerdo, Paula?

—Totalmente —respondió ella, y ahora fueron sus labios los que buscaron el contacto con los de él.

* * *

Aquella noche, como casi todas, el Minerva Club se hallaba bastante concurrido. Resultaba difícil encontrar una mesa libre; especialmente, en las proximidades de la pista de atracciones.

Hacía tan sólo unos segundos que había dado comienzo un número.

El de Sandra Reding.

Tenía el pelo negro como el azabache, medía 1,72 de estatura, y 93-60-92 de lo demás. Todavía no se había quitado nada, pero ya había unas cuantas bocas secas en el local.

Y es que Sandra estaba de toma pan y moja.

Era un portento de mujer.

Una hembra de locura.

De ahí lo de algunas bocas secas, porque se sabía que Sandra iba a quitárselo todo poco a poco, hasta quedarse completamente desnuda en la pista, para gozo y deleite de los espectadores, que podrían comérsela con los ojos.

Por el momento, sin embargo, Sandra Reding se limitaba a moverse sensualmente por la pista, al compás de la música que brotaba de detrás de una cortina, cuya transparencia permitía vislumbrar a los seis músicos que, sentados el uno al lado del otro, hacían sonar sus instrumentos.

Las luces de la sala se habían apagado, pero cuatro potentes reflectores, cada uno de un color distinto, caían sobre la pista y seguían los movimientos de la artista del *strip-tease*.

Sandra Reding lucía un ajustado pantalón brillante y una ligera blusa, igualmente brillante, que amenazaba con estallar de un momento a otro, a causa de la presión que ejercían sus poderosas protuberancias pectorales.

Lo primero que hizo la exuberante morena fue lanzar por los aires sus zapatos, de sendos y bruscos movimientos de pierna. Cayeron ambos entre el público, y casi hubo bofetadas por quedarse con ellos.

Si hacía lo mismo con sus braguitas, habría puñetazos, seguro.

Eso, al menos, fue lo que pensó Alan Rexton, quien acababa de entrar en el Minerva Club.

Y el detective no se equivocó.

Iba a haber puñetazos en el Minerva Club.
Pero por otro motivo.

Normalmente, las artistas que realizan un número de *strip-tease* se desvisten muy lentamente y jueguean con cada una de sus prendas antes de dejarlas caer al suelo o lanzarlas a los espectadores.

Es más «sexy», aseguran los entendidos.

Pero a Sandra Reding le tenía sin cuidado la opinión de los entendidos. Su estilo no era ése. Ella no era lenta para nada. Y menos aún, para desvestirse.

Con movimientos rápidos, Sandra accionó los cierres relámpago del ceñidísimo pantalón y éste se abrió por los lados, totalmente, y cayó de golpe, dejando visible el diminuto pantaloncito plateado, muy brillante.

La artista permaneció unos segundos de cara al público, para que los espectadores pudieran deleitarse contemplando sus sensacionales piernas, dignas de haber sido esculpidas por Miguel Angel. Después, se dio la vuelta bruscamente, para que pudieran contemplarla también por detrás.

Y es que, en su parte posterior, había mucho que contemplar.

Sus redondas nalgas, erguidas y prietas, fueron la causa de que nuevas bocas se quedaran secas como el esparto, y se escucharon una serie de nerviosos carraspeos.

Había que aclararse las gargantas.

Al otro lado de la cortina transparente, los músicos seguían tocando sus instrumentos. Aunque ellos, claro, hubieran preferido tocar a Sandra Reding.

La tenían tan cerca...

La artista volvió a dar la cara al público.

Y lógicamente, la espalda a los músicos.

Pero éstos no le miraron la espalda, sino lo que viene a continuación, según se baja, y que tan al aire había quedado, pues las minúsculas braguitas plateadas, por la parte de atrás, no eran más que una tirita de tejido que se veía engullida por...

Bueno, por el único sitio por donde podía desaparecer, no es necesario entrar en más detalles. El caso es que los músicos veían el poderoso trasero de Sandra, prácticamente desnudo, se distrajerón más de la cuenta y cometieron algún que otro fallo.

El trompeta, por ejemplo, dio un «Si bemol» en lugar de un «Do sostenido», y el saxo un «Fa» en vez de un «Sol».

Todas las noches erraban algunas notas, era absolutamente inevitable, porque las artistas que trabajaban en el Minerva Club estaban demasiado tremendas.

Y Sandra Reding, más tremenda que ninguna.

La morenaza accionó los cierres de la blusa y ésta se abrió en dos mitades, dejándola con los pechos tan al aire como sus nalgas. Unos pechos altos, plenos, desafiantes, rematados por unos soberbios pezones que parecían apuntar a los tipos que manejaban los reflectores de colores, de tan elevados que se mantenían.

Casi todas las gargantas estaban ya secas, y volvieron a escucharse carraspeos y toses.

Sandra dio nuevamente la espalda a los espectadores.

Y claro, dio todo lo de «delante» a los músicos, quienes volvieron a distraerse contemplando los rotundos pechos de la artista y cometieron nuevos fallos.

El trompeta y el saxo volvieron a dar notas que no eran, y al batería se le salió el pie del pedal del bombo, omitiendo un par de golpes de maza.

Afortunadamente para ellos, ningún espectador se percató de que la orquesta sonaba un poco rara de vez en cuando, ya que todos estaban pendientes de la última prenda que Sandra Reding conservaba sobre su portentoso cuerpo.

La artista se despojó también del descarado pantaloncito plateado y lo arrojó por encima de su hombro izquierdo, volviéndose seguidamente de cara al público.

Se puso las manos en las caderas y separó las piernas, para que todo quedara a la vista.

Y más de uno puso los ojos bizcos, claro.

Los músicos habían vuelto a fallar.

El batería, concretamente, le dio en la cabeza con la baqueta al tipo que tocaba el saxo, en lugar de darle al plato. Y el tipo, como consecuencia del inesperado golpe de baqueta, emitió otro par de notas falsas.

Un desastre.

Por suerte, el público seguía exclusivamente pendiente de Sandra Reding, y no advirtió los fallos de los músicos.

Los reflectores esperaron unos segundos y luego se apagaron, dejando la pista a oscuras, momento que aprovechó la escultural Sandra para retirarse, entre los estruendosos aplausos del público.

Hizo bien en abandonar la pista con rapidez, porque el trompeta ya se aprestaba a propinarle un furioso pellizco a la grupa, aprovechando la oscuridad.

Cuando las luces de la sala se encendieron de nuevo, la prodigiosa Sandra ya había desaparecido, pero los espectadores siguieron aplaudiendo con calor.

Les había entusiasmado el número de la artista.

Y su portentoso cuerpo, claro.

Alan Rexton no aplaudía.

Y no porque no le hubiera gustado la actuación de Sandra Reding, sino porque estaba buscando con la mirada a Paula Grayson. No tardó en encontrarla.

Iba ligera de ropa, como el resto de las camareras, pero tampoco enseñaba demasiado. Las piernas y parte del busto, tal y como ella dijera.

El detective levantó el brazo, para llamar la atención de su secretaria, y ella reparó en él.

Paula le sonrió y caminó rápidamente hacia la mesa que había ocupado el investigador, una de las más alejadas de la pista.

—Hola, jefe.

—Hola, preciosa.

—¿Te ha gustado el número de Sandra?

—No ha estado mal.

—Si quieres, puedo pedirle una foto para ti. Completamente desnuda, claro. Me la dará gratis.

—Te prefiero a ti en bikini.

—No seas embustero.

—¿No me crees?

—Sandra es un monumento de mujer.

—Y tú, otro.

—A mí no me has visto desnuda.

—Todo se andará.

—¡No seas sinvergüenza! —rió Paula.

—De momento, ya te he visto las piernas.

—¿Y te gustan?

—Son maravillosas.

—Muchas gracias.

—Lo que me disgusta es que se las enseñes a todo el mundo.

—Tengo que hacerlo, Alan, ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Cuando seas un detective famoso, y puedas pagarle a tu secretaria, dejaré mi empleo de camarera.

—No tendré que pagarte, porque serás mi esposa.

Los ojos de Paula Grayson resplandecieron.

—Alan...

—Bien, quedamos en no hablar de nuestro futuro, por el momento, así que tráeme algo de beber.

—¿Qué te apetece tomar?

—No me hagas preguntas como ésa, estando tan cerca de mí —advirtió Alan, posando su mirada en los tentadores senos de su secretaria.

Paula rió de nuevo.

—¡Tonto!

—Tráeme lo que quieras —rió también el detective.

—De acuerdo.

Paula Grayson dio media vuelta y caminó hacia el mostrador, moviendo con gracia sus caderas.

De pronto, ocurrió algo bastante frecuente en locales como el Minerva Club, en donde nada tenía de raro que un cliente palmeara el trasero de alguna de las camareras, le pellizcase un seno, o le acariciara los muslos.

La propia Paula le había confesado a Alan que ella y Susan tenían que soportar de vez en cuando esa clase de abusos, muy a su pesar, pues formaba parte de su trabajo.

En esta ocasión, sin embargo, y seguramente debido a la presencia de Alan Rexton en el local, Paula Grayson reaccionó de forma distinta y le soltó una furiosa bofetada al tipo que acababa de pellizcarle los centímetros de nalga que los breves «shorts» dorados no llegaban a cubrir.

Paula se arrepintió en el acto, pero ya era tarde.

El mal ya estaba hecho.

La bofetada dada, mejor dicho.

Y qué bofetada...

Baste decir que había tirado al tipo de la silla.

Naturalmente, el individuo se levantó hecho una furia.

Era la primera vez que le daban un sopapo tan tremendo.

¡Y se lo había dado una mujer!

¡Una vulgar camarera de un club de *strip-tease*, además!

El tipo, claro, ignoraba que Paula no era camarera por vocación, sino por necesidad, y que ella no tenía nada de vulgar. Por ello, no dudó en agarrarla de los brazos, con brusquedad, y la zarandeó violentamente, mientras gritaba:

—¡Vas a lamentar lo que has hecho, rubia!

—¡Suélteme, por favor ¡Me está haciendo daño!

—¡Tú también me lo has hecho a mí!

—¡No debió pellizcarme!

—¡Voy a hacer algo más que pellizcarte, rubia! —rugió el sujeto, y de un zarpazo le destrozó la brillante blusa, dejándola con los pechos al aire, porque ninguna de las camareras del Minerva Club llevaba sujetador, ya que lo tenían prohibido.

Paula dio un chillido al ver que sus senos estaban visibles.

—¡Alan...! —llamó desesperadamente al detective, pues sólo él podía librarla de las iras del cliente al que ella había abofeteado por haberle pellizcado la nalga derecha.

Alan Rexton ya se había puesto en movimiento, aun antes de que Paula Grayson le llamara, pues, desde el momento en que su secretaria le arreara el sopapo al tipo que le pellizcara el trasero, el detective supo que la muchacha iba a verse en apuros.

Y no se había equivocado.

Afortunadamente, cuando el individuo desgarró la blusa de Paula y dejó a ésta con los senos al aire, el investigador trotaba ya hacia el lugar del incidente, llegando a tiempo de impedir que el tipo mordiera los preciosos senos de la muchacha.

Sí, ésa era la intención del fulano.

Así que quería vengarse de la camarera que le había abofeteado.

Lastimándole los pechos con sus dientes.

Por suerte para Paula, Alan agarró del pelo al tipo y le obligó a separar su cara de los senos desnudos de la joven.

—¡Ay! —gritó el individuo, porque el tirón de pelo había sido de los buenos.

—¡Suelta a la chica, amigo!

El sujeto vaciló, pero un nuevo tirón de pelo le obligó a soltar los brazos de Paula, quien se apresuró a cerrarse la destrozada blusa, cubriendo sus pechos.

—¡Aléjate, Paula! —indicó Alan.

La muchacha obedeció.

Entonces, el detective soltó el pelo del tipo.

Como era de esperar, el fulano se revolvió furioso y atacó a Alan, pero éste, que ya contaba con ello, ladeó velozmente la cabeza y burló el puñetazo.

El contraataque del investigador no se hizo esperar.

Consistió en un zurdazo al estómago, seguido de un gancho de derecha y rematado por un trallazo al pómulo, utilizando de nuevo el puño izquierdo.

El tipo cayó sobre la mesa que ocupaba, dio una vuelta de campana, y desapareció por el otro lado.

Parecía el fin de la pelea, pero era sólo el principio.

Sí, porque el tipo no había acudido solo al Minerva Club, sino acompañado de un par de amigos, y éstos entraron también en acción, lanzándose a un tiempo sobre el detective privado.

—¡Cuidado, Alan! —gritó Paula Grayson.

El investigador le incrustó los nudillos en la mandíbula a uno de los individuos, pero no pudo evitar que el otro sujeto le estrellara el puño en la cara y lo tirara al suelo.

A Paula se le escapó un gemido de angustia.

Temía que los tipos le propinaran una tremenda paliza a Alan.

Y, si se la propinaban, sería por culpa de ella.

Debió aceptar de buen grado el pellizco en el trasero, pues al fin y al cabo no era el primero que le daban en el Minerva Club, y jamás había protestado.

Si no hubiera abofeteado al tipo, no habría habido incidente y tampoco habría habido pelea, y Alan Rexton no se encontraría ahora en apuros.

Unos apuros relativos, según se vio en seguida, porque el detective se incorporó con rapidez, esquivó el nuevo puñetazo a la barbilla, mandando al tipo al suelo.

Los otros dos individuos ya se estaban poniendo en pie.

Alan Rexton se ocupó de ellos.

Para empezar, su puño derecho restalló en el maxilar inferior del sujeto que pellizcara a Paula Grayson, obligándole a escupir un par de dientes.

El otro fulano intentó sorprender al detective, pero éste no se dejó cazar de nuevo y obsequió al tipo con un magnífico zurdazo al hígado, arrancándole un bramido de dolor.

El individuo se encogió, naturalmente.

Alan se dijo que ahora tenía la oportunidad de poner fuera de combate a uno de sus enemigos, y no dudó en asestarle un terrible golpe en la nuca, propinando con el filo de su mano derecha.

El tipo se desplomó en el acto, quedando tirado en el suelo, sin conocimiento.

El sujeto que había escupido un par de piezas dentales atacó rabiosamente al investigador, pero éste soltó el puño con la rapidez de un látigo y se lo colocó en el mentón, frenándolo en seco.

Y, antes de que el tipo reaccionara, le hundió la zurda en el hígado.

El fulano se dobló al instante, bramando de dolor.

Era el momento de asestarle un hachazo en la nuca.

Y eso hizo Alan.

El tipo creyó que lo decapitaban, y se desmoronó de manera fulminante, quedando tumbado en el suelo, tan inconsciente como su compañero.

El tercer individuo, y único que aún estaba en condiciones de pelear, saltó sobre la espalda del detective y le aprisionó el cuello con su brazo.

—¡Alan! —gritó Paula.

—¡Tranquila, preciosa! —respondió el investigador, al tiempo que levantaba los brazos y agarraba de las orejas al tipo.

Tiró con fuerza del par de apéndices auriculares.

El fulano aulló y se elevó, pasando por encima de la cabeza del detective, quien lo volteó espectacularmente, estrellándolo duramente contra el suelo.

El individuo creyó que se había roto la espalda.

Por eso no intentó levantarse.

No lo hubiera conseguido, aunque lo hubiese intentado, porque Alan ya estaba disparando la pierna. Le incrustó la punta del zapato en la quijada, y el tipo perdió el sentido en el acto, quedando tan quieto y tan silencioso como los otros dos.

Paula Grayson exhaló un suspiro de alivio al ver que el investigador había podido con los tres individuos.

—Alan...

El detective la miró.

—Vístete. Paula. Nos vamos.

—¿Qué?

—Este no es lugar para ti.

—Pero...

—Obedece.

La muchacha no discutió.

En el fondo, comprendía que Alan tenía razón.

Aquel trabajo no era para ella, así que dio media vuelta y se alejó con rapidez, sujetándose la destrozada blusa.

* * *

Alan Rexton y Paula Grayson se encontraban ya en el «Ford» del detective, estacionado cerca del Minerva Club.

—Bien, me he quedado sin empleo —suspiró la muchacha.

—Sin uno de tus empleos —corrigió el investigador—, Conservas el otro.

—Lo sé, pero soy una secretaria sin sueldo.

—Veré lo que puedo darte. No será mucho, pero... —Me conformaré con poco, jefe. Y siempre será mejor que trabajar de camarera en un club de *strip-tease*, enseñando las piernas y soportando de todo.

—Seguro que sí.

—La verdad es que me has hecho un favor, Alan. —Agradécemelo, pues.

—¿Con un beso?

—Claro.

—Encantada —sonrió Paula, y le besó en los labios. Alan la abrazó y le devolvió el beso.

Después, dijo:

—Eres una secretaria muy cariñosa.

—Y tú un jefe muy atrevido.

—¿Por qué dices eso?

—Me estás acariciando las piernas.

—Sin mala intención, te lo aseguro.

—Eso espero.

—¿Sabes adónde me gustaría llevarte, Paula?

—A la cama.

El detective rió.

—Ya lo creo que me gustaría, pero ahora no estaba pensando en eso.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—¿Adónde te gustaría llevarme, pues?

—A la colina.

Paula Grayson respingó.

—¿A la colina...?

—Sí.

—¿Para qué?

El investigador lanzó un suspiro y explicó:

—Me he pasado horas y horas recorriendo las calles de Londres, tratando de encontrar el «Chrysler» azul de Peter Matthews, porque eso podría ayudarme a encontrar a Susan Eshley, pero la búsqueda ha sido infructuosa.

—¿Y esperas encontrarlo en la colina?

—Tengo la corazonada de que Susan ha de volver por allí.

—¿Susan...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Pues, para ver si el cadáver de Peter Matthews sigue oculto en el matorral, o ha sido encontrado por alguien.

Paula Grayson movió la cabeza.

—No creo que Susan se atreva a volver a la colina, Alan.

—Dicen que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen...

—¡Alan!

—Sí, ya sé que Susan no es un criminal. Pero mató a Peter Matthews. En defensa propia y sin desearlo, pero lo mató. Por eso creo que tiene que volver a la colina. Estará continuamente pensando en lo que pasó en esa colina, y sentirá la necesidad de volver a ella, estoy seguro. Y lo hará de noche, por razones obvias.

Quizá esta noche. Anoche se me antoja demasiado pronto. Estaría aún demasiado asustada.

—Y demasiado horrorizada —añadió Paula.

—También.

—Apuesto a que sigue así, Alan.

—Nada perdemos con ir a la colina y echar un vistazo, Paula. Y

podemos ganar mucho, si Susan está allí.

—El que sí está, es Peter Matthews.

—¿Te asusta?

—Sí, no me avergüenza confesarlo.

—Está muerto, Paula. Y los muertos no pueden hacer daño a nadie.

—De sobra lo sé. pero...

—Piensa en Susan. Y en lo mucho que debe de estar sufriendo, sin poder hablar con nadie de lo que ocurrió en esa colina. Nosotros podemos ayudarla, pero para eso tenemos que encontrarla.

Paula Grayson se mordió los labios.

—¿De veras tienes la corazonada de que Susan ha de volver por allí, Alan?

—Sí, no te engaño.

—Entonces, vamos a la colina.

—Bravo —sonrió el detective, y puso su «Ford» en movimiento.

* * *

El coche del detective privado rodaba ya por el estrecho camino jalonado de árboles que conducía a la colina en donde Peter Matthews encontrara la muerte dos noches atrás.

La noche era clara, cálida, agradable.

—Estamos llegando, Paula —dijo Alan Rexton.

—¿Es esa colina que se ve al final del camino, Alan? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—Ya tengo la piel de gallina, no puedo evitarlo —confesó Paula, estremeciéndose.

El detective rió y siguió conduciendo.

Segundos después, el «Ford» iniciaba el ascenso a la colina.

Y, al llegar arriba. Alan y Paula se llevaron una gratísima sorpresa.

¡El «Chrysler» azul de Peter Matthews estaba allí, parado en la cima de la colina, con las luces apagadas!

CAPITULO XIII

—¡Es el coche de Peter! —exclamó Paula Grayson, alborozada.

—¿No te dije que Susan volvería? —recordó Alan Rexton, sonriendo, al tiempo que paraba el motor de su «Ford» y apagaba las luces—. Salgamos, Paula.

Descendieron los dos del coche y miraron en el interior del «Chrysler» de Peter Matthews, hallándolo vacío.

—Susan debe haberse escondido, al oír un coche que subía a la colina —dijo el detective.

—La llamaré.

—Sí, hazlo.

—¡Susan! ¡Soy yo, Paula! ¡No tengas miedo de salir! ¡Sabemos lo que ocurrió aquí, y queremos ayudarte! ¡El hombre que me acompaña es Alan Rexton, un detective privado al que contraté para que te buscara! ¡El encontró el cadáver de Peter Matthews, esta mañana, oculto en un matorral! ¡También encontró el tacón de uno de tus zapatos! ¡Sabemos que Peter te persiguió por la colina, para violarte, y que tú te viste obligada a golpearle en la cabeza con una piedra, para impedir que te ultrajara! ¡Lo mataste en defensa propia, Susan!

¡No tienes nada que temer, no te encerrarán por haber dado muerte a ese canalla de Peter!

Susan Eshley no respondió.

Tampoco se dejó ver.

Paula Grayson cambió una mirada con Alan Rexton.

—No contesta, Alan —murmuró.

—Es evidente que no se fía. Está asustada, teme ir a la cárcel, por eso no quiere salir. Tendremos que buscarla, Paula —respondió el investigador.

—¿Buscarla?

—Sí, vamos —indicó Alan, cogiendo de la mano a su secretaria.

Paula no tuvo más remedio que echar a andar.

El detective la llevó hacia el matorral que ocultaba el cadáver de Peter Matthews, diciéndose que Susan Eshley debía de estar escondida por allí.

Quizá tras ese mismo matorral.

O tras el que había a su derecha, que también era grande y espeso.

Alan prefirió mirar primero en este último, porque no quería que Paula viera el cadáver de Peter Matthews, pues era capaz de desmayarse de horror.

De poco sirvió, sin embargo, ya que Paula Grayson se desmayó igualmente cuando el detective apartó las ramas del otro

matorral, porque allí había otro cadáver.
¡El de SUSAN ESHLEY...!

* * *

Sí.

Por fin había aparecido Susan Eshley.

Pero había aparecido muerta.

La habían degollado.

Pero no aquella noche.

Susan Eshley llevaba un par de días muerta.

El mismo tiempo que Peter Matthews.

Tenía la blusa abierta de par en par y el sujetador desabrochado, lo que permitió a Alan Rexton descubrir que los hermosos pechos de la muchacha habían sido lastimados antes de poner fin a su vida de una feroz cuchillada en la garganta.

Se los habían apretado con fuerza.

Y se los habían mordido.

¿La habrían violado, antes de asesinarla?

Era evidente que sí. puesto que Susan tenía la falda levantada y el detective pudo comprobar que le habían arrancado su prenda más íntima.

No podía estar más claro.

Susan Eshley había sido forzada, antes de morir degollada.

Pero, ¿por quién?

¿Por Peter Matthews?...

Y si el apuesto rubio había violado y asesinado a Susan, ¿quién lo mató a él, destrozándole el cráneo con una piedra?

Alan Rexton no sabía qué responderse, estaba hecho un verdadero lío.

Soltó las ramas del matorral y el cadáver de la infortunada Susan quedó nuevamente oculto. Después, se ocupó de Laura Grayson, que yacía en el suelo.

El detective no había podido evitar que la muchacha se desplomara, pues la sorpresa le impidió reaccionar. Si por la mañana hubiera hallado muerta a Susan Eshley, no le habría sorprendido en absoluto, porque estaba seguro de que Peter Matthews la había asesinado, después de abusar de ella.

Pero encontró el cadáver de Peter, y ello invirtió su teoría, pues todo parecía indicar que Susan había matado al rubio, para impedir que la ultrajara.

De ahí que se hubiera quedado de muestra al encontrar en aquel matorral a Susan Eshley, muerta, degollada, violada...

Paula Grayson no tardó en volver en sí, ayudada por el investigador.

—Alan...

Rexton le acarició el amarmolado rostro.

—Lo siento, Paula.

A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dios mío, pobre Susan... La asesinó Peter Matthews, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿Y quién mató a Peter?

—Tampoco lo sé.

—¿Qué ocurrió hace dos noches en esta colina, Alan?

—Lo averiguaremos, Paula.

—¿Cómo, si Peter y Susan están muertos?

El detective miró el coche del rubio.

—El «Chrysler» de Peter no estaba esta mañana aquí, cuando Diana Farleigh y yo vinimos a la colina. Lo han traído esta noche, estoy seguro.

—¿Quién? ¿Y para qué?

—No lo sé. Pero es posible que la persona que vino en él continúe en la colina.

Paula Grayson se estremeció.

—No me asustes, Alan —gimió, con un hilo de voz.

—Tranquilízate, cariño. Quizá dejó el «Chrysler» y se marchó.

—¿A pie?

El detective no respondió, siendo su silencio harto significativo.

La persona que había venido en el «Chrysler» de Peter Matthews tenía forzosamente que seguir en la colina, oculta tras algún matorral. No podía haberse marchado a pie, aquella colina estaba demasiado alejada de Londres.

Paula Grayson se estremeció de nuevo.

—Está aquí, ¿verdad, Alan? —musitó.

—Sospecho que sí. Pero no te preocupes, sé cómo hacerla salir de su escondite.

—¿De veras?

—Ponte en pie, Paula.

La muchacha se incorporó, ayudada por el detective.

Este, en voz alta, para que la persona que se ocultaba en la colina le oyera con claridad, dijo:

—Nos llevaremos el «Chrysler» de Peter Matthews e informaremos de todo a la policía. Lo conduciré yo, Paula. Tú llevarás mi «Ford». Vamos.

Echaron a andar los dos hacia los coches.

Estaban a punto de alcanzarlos cuando, repentinamente, alguien que acechaba oculto tras un árbol saltó sobre ellos, esgrimiendo un cuchillo de centelleante hoja.

* * *

—¡Cuidado, Paula! —gritó Alan Rexton, empujando a su secretaria.

La muchacha cayó al suelo y dio un par de vueltas por él.

El detective ya no tuvo tiempo de esquivar el ataque del tipo, pero sí pudo aprisionarle el brazo que empuñaba el peligroso cuchillo, evitando que se lo clavara en el pecho.

Los dos hombres forcejearon furiosamente en el suelo, mientras rodaban por él. Alan tuvo la oportunidad de incrustar su rodilla derecha entre los muslos de su enemigo, y no se lo pensó dos veces, pillándole de lleno sus atributos masculinos.

El tipo lanzó un alarido desgarrador y se arrugó en el acto, sin fuerzas, lo que permitió al investigador arrancarle el cuchillo de la mano.

Con el arma en la diestra, Alan se puso en pie y se acercó a Paula Grayson.

—¿Estás bien. Paula?

—Sí. ¿Y tú, Alan...?

—También.

La joven se irguió y preguntó:

—¿Es...?

—Sí, es él —asintió el detective, regresando junto al tipo.

Seguía hecho una bola y gimoteaba de dolor.

Alan le arrancó la media de seda que encubría su rostro.

Efectivamente, era Ron Aubrey, el marido de la seducida Gladys, la que temblaba de placer cuando Peter Matthews le besaba los pechos y le aprisionaba los pezones con sus dientes.

—Tú mataste a Peter Matthews, ¿verdad, Aubrey? —interrogó el detective.

—Sí —confesó el tipo, con ronca voz.

—Ya Susan Eshley, después de violarla.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste, canalla?

—Por venganza. El cerdo de Peter se había acostado con mi mujer, y tenía que pagarlo con la muerte. Lo seguí esa noche hasta esa colina y le destrocé la cabeza con una piedra, sorprendiéndole cuando perseguía a la chica. Ella me vio machacar el cráneo. Tenía que

matarla también, para que no pudiera delatarme.

—¿Y por qué tuviste que abusar de ella?

—Peter la había dejado con los pechos al aire, y vérselos me excitó. Y como tenía que matarla de todas formas, decidí gozar de ella antes de liquidarla. La amenacé con mi cuchillo, y ella se dejó poseer, creyendo que así salvaría su vida. Ni siquiera protestó cuando le estrujé y le mordí los pechos.

—¡Rata inmunda! —rugió Alan, y le atizó un patadón en el rostro, dejándolo sin conocimiento.

EPILOGO

Alan Rexton aún tenía más preguntas que hacerle a Ron Aubrey, pero no había podido contener su furia y le había soltado la patada en la cara.

Cuando el tipo se recobró, el detective prosiguió su interrogatorio.

—¿Qué hacías esta mañana en el apartamento de Peter Matthews?

—Fui con la intención de llevarme todo cuanto encontrara de valor, pero tuve la mala fortuna de que aparecieras tú. Me hubieras descubierto, así que intenté liquidarte. Pero no lo conseguí.

—¿Tenías tú el «Chrysler» de Peter?

—Sí.

—¿Por qué volviste esta noche a la colina?

—Pensaba trasladar los cadáveres de Peter Matthews y Susan Eshley. para que tú no pudieras encontrarlos. Sabía que, más pronto o más tarde, vendrías por aquí. Eres un tipo listo, Rexton. Demasiado listo, para mi desgracia. Y demasiado buen luchador. Si hubiera podido contigo...

—¿Qué habrías hecho con Paula? ¿Violarla también, antes de degollarla como a Susan? —masculló Alan.

—Probablemente —respondió Aubrey, provocando el estremecimiento de la muchacha.

—¡Cerdo! —rugió el detective, y disparó de nuevo la pierna, durmiendo otra vez al tipo de un certero y duro punterazo en la cara.

Más tarde, ya en la comisaría, Ron Aubrey confesaba nuevamente haber dado muerte a Peter Matthews y Susan Eshley, y haber violado a ésta antes de degollarla.

Alan Rexton y Paula Grayson prestaron también declaración.

Cuando todo acabó, el detective dijo:

—Te llevaré a casa, Paula.

—No, Alan.

—¿No quieres que te lleve a tu apartamento?

La muchacha movió la cabeza.

—Lo compartía con Susan, ya lo sabes, y no podría dormir allí esta noche, después de lo ocurrido. Llévame a tu casa, Alan.

—Con mucho gusto.

—Pero no te equivoques, ¿eh? Que duerma en tu casa, no quiere decir que duerma contigo.

—Sólo tengo una cama, Paula —carraspeó el investigador.

—También tendrás un sofá, ¿no?

—Sí, pero tiene una pata rota. Y un par de muelles sueltos. Imposible dormir en él.

—Qué casualidad.

—No te preocupes, Paula. Podemos dormir los dos en la cama, y si tú no quieres que hagamos nada, pondremos la almohada en medio de los dos, a modo de frontera. ¿Qué te parece la idea...?

—¿Tienes el pasaporte en regla?

—¿Cómo?

—Por lo de la frontera, lo digo. Porque estoy segura de que intentarás pasarla.

El detective rió el chiste de su secretaria.

—¡Qué bueno ha estado eso, cariño!

—Anda, sinvergüenzón, llévame a tu casa. Dormiré en tu cama y haremos el amor, si ¡o deseas, pero como luego no te cases conmigo, sabrás lo que vale un peine.

Alan volvió a reír.

—Me casaré contigo, Paula. Y antes de lo que te imaginas, porque el caso que he resuelto hoy es de los buenos, de los que dan fama y dinero a un detective privado. Mañana, los periódicos hablarán de los crímenes de la colina con todo detalle, y explicarán que el asesino intentó dos veces eliminarme. Mi nombre empezará a sonar. Y me lloverán los clientes. Se acabaron los apuros, cariño.

Paula Grayson le echó los brazos al cuello y confesó:

—Te quiero. Alan.

—Y yo a ti, Paula —respondió el investigador, y la besó con muchas ganas, al tiempo que la abrazaba estrechamente.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

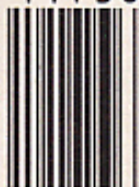
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España